



**DIVAGACIONES
ESPIRITUALES**

sobre fondo
amigoniano

AGRIPINO GONZÁLEZ, T. C.

DIVAGACIONES ESPIRITUALES
sobre fondo amigoniano

DIVAGACIONES ESPIRITUALES
sobre fondo amigoniano

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.

*A mis hermanos y hermanas,
los religiosos terciarios capuchinos,
para que con amor profundicen
en el espíritu y carisma de su
Padre Fundador que tanto
les ha amado*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados

© Agripino González Alcalde, T.C.

Depósito Legal: V-1449-2011

Maquetación e impresión: Martín Impresores, S.L. - Valencia

ÍNDICE

Prólogo	13
1. Espíritu piadosísimo.	17
2. Luis Amigó, hombre de fe.....	21
3. La esperanza en Luis Amigó.....	25
4. Luis Amigó, el enamorado de Dios.....	29
5. Un contemplativo en acción.	33
6. Luis Amigó, varón prudente.	37
7. Hombre de paz.....	41
8. Espíritu misericordioso.	45
9. De su mansedumbre y humildad.	49
10. Espíritu muy franciscano.....	53
11. Luis Amigó y la Sagrada Familia.	57
12. El Padre Luis y la justicia.....	61
13. De Juan de Ribera a Luis Amigó.	65
14. Fe, fidelidad y fortaleza.	71
15. Templanza capuchina.	75
16. La pobreza franciscana.	79
17. Como infante en brazos de su madre... ..	83

18. El celibato religioso.....	87
19. Cristo, y Cristo crucificado.....	91
20. La Virgen de los Dolores.....	95
21. El Buen Pastor.....	99
22. Quien salva un alma.....	103
23. El Padre Luis y la Eucaristía.....	107
24. La sombra del ciprés es alargada.	111
25. Gea el Bueno.	115
26. Los milagros en que yo creo.	119
27. El Camino Real de la Santa Cruz.	123
28. Luis Amigó y la Familia.....	127
29. La Catequesis.	131
30. Luis Amigó en la peste de 1885.....	135
31. El Apostolado Seglar.	139
32. El sacerdocio ministerial.	143
33. El último recodo del camino.....	147
34. Hombre de exquisita prudencia.....	151
35. Elogio del silencio.	155
36. Luis Amigó y los Mass Media.	159
37. El escándalo, máquina de guerra.	163
38. ¿Imitación de Cristo ó seguimiento?...	167
39. Del caos al cosmos.....	171
40. El problema vocacional.	175
41. Estima y amor a la Congregación.	179

42. La formación de sus religiosos.	183
43. Celo Apostólico.	187
44. Concordia de pareceres.....	191
45. La propia santificación.....	195
46. A modo de epílogo.....	199

PRÓLOGO

D*ivagaciones espirituales sobre fondo amigoniano* constituye la segunda parte, o el complemento necesario, del libro *Luis Amigó, rasgos espirituales*, Valencia 2004, con algunas notables novedades.

En primer lugar me he dado cuenta de que vivimos una cultura de la imagen, y no tanto de la palabra escrita. Somos un poco reacios a la lectura. Por lo que he creído conveniente reducir la extensión de los capitulitos del libro, si bien he aumentado un poco el número de los mismos. El presente libro consta, pues, de 46 capítulos.

Por otra parte *Luis Amigó Rasgos Espirituales* es un combinado de partes narrativas y partes dialogadas. Y está escrito en un estilo brillante, ágil y agradable. El presente, por su parte, va todo él en estilo narrativo directo, escrito con mucha mayor sobriedad de imágenes, aun a riesgo de pecar un tanto de pesado.

Más que hablar con mi buen Padre Fundador, como hice en aquél, en éste me he permitido más bien darle la palabra. Creo que esto redundará en que los rasgos espirituales resulten mucho más netos y las pinceladas de la fisonomía espiritual de mi buen Padre Fundador sean mucho más exactas y precisas. En todo caso siempre será fácil hallar en su lugar original el pensamiento expuesto.

Además, en el presente libro *Divagaciones espirituales sobre fondo Amigoniano* he dado mucha mayor entrada a párrafos de la *Positio super virtutum* —que recoge la fisonomía de Luis Amigó según los mejores conocedores que convivieron con él— y a párrafos de las *Obras Completas*, particularmente de sus Exhortaciones Pastorales, hasta el presente en general escasamente utilizadas.

Por supuesto que he tratado en todo momento de no repetirme en ideas o expresiones ya utilizadas en otras obras mías, de no pisarme afirmaciones ya formuladas, si bien algunos de los artículos se presenten con títulos muy parecidos o similares.

En todo caso *Divagaciones espirituales sobre fondo amigoniano*, la presente obrita en cuestión, está elaborada en un estilo sobrio y direc-

to, con una mayor economía de medios literarios, con sobriedad y concisión, y sin permitirme concesión alguna a la galería, aún a riesgo de resultar a veces sobradamente reiterativo y académico, incluso frío y narrativo.

Finalmente, y por tratarse de quien se trata, solicito de mi buen Padre Fundador, una benévola bendición sobre la obrita que con tanto cariño he elaborado con la finalidad de dar a conocer con fidelidad a los hermanos y hermanas su espiritualidad y virtudes, su personalidad, su vida y su obra.

En una palabra, en la elaboración de la obra, en todo momento he tenido presente una finalidad, es decir, presentar al posible lector el espíritu del Venerable Luis Amigó, mostrándole sus intenciones evangélicas y el ejemplo de su santidad.

Fr. Agripino G.

1. ESPÍRITU PIADOSÍSIMO

Los diversos testigos en los procesos del Venerable Luis Amigó, tanto en el proceso diocesano como en el apostólico, nos han transmitido de él una silueta espiritual deliciosa y muy precisa. Y, en líneas generales, nos lo han diseñado como de una personalidad sencilla, humilde, ecuánime y, sobre todo, muy piadosa.

Hay virtudes que se manifiestan mejor con hechos; otras, en cambio, con actitudes. Y este último es el caso de la piedad. Por otra parte generalmente quien tiene una virtud, las posee todas; y quien carece de alguna, carece de todas ellas.

Por esto el canónigo don José Juliá Sanfelú, al delinear nos la semblanza espiritual del obispo Amigó, nos asegura que “no era un hombre de grandes talentos. Lo que resaltaba en él era la piedad con la que se acomodaba a todo y a todos”.

Por su parte fray Serafín M^a de Ayelo, familiar de Luis Amigó durante los años que éste regenta el obispado de Solsona y Segorbe, nos certifica que su piedad era extraordinaria. Y su sobrino, el sacerdote don Salvador Excorihuela, también familiar del Venerable Luis Amigó, nos asegura que “destacaba en él, de una manera muy notable, su espíritu de piedad. Con frecuencia se le encontraba rezando. El familiar solía decir que el Sr. Obispo era muy rezador”.

Y la M. Genoveva M^a de Valencia, durante veinte años superiora general de las HH. Terciarias Capuchinas, nos hace el perfil biográfico de Luis Amigó con tres rasgos: “Hombre de gran espíritu de humildad, exquisita prudencia y grandísima piedad”.

La piedad cristiana tiene una triple dimensión: Piedad hacia Dios, hacia la patria y hacia los semejantes. Hacia Dios se convierte en oración y plegaria; hacia la patria, en amor entrañable y en servicio; y, hacia los semejantes, en misericordia y caridad.

Doña Antonia Gil Simón dice que Luis Amigó “destacaba notablemente en la piedad, celebrando los divinos oficios con gran recogimiento y unción”. Y don Mateo Montesinos nos lo pre-

senta como un hombre piadoso, amable, de gran suavidad, humilde y observante.

Buena conocedora de la vida y obra del Venerable Luis Amigó fue asimismo la M. Elisa de Altura, quien hace un bosquejo espiritual de su Venerable Padre Fundador con estos trazos: “Era rico en la virtud de la piedad, que se manifestaba en el espíritu de oración, respeto y veneración con que celebraba los divinos oficios”.

La piedad de Luis Amigó para con sus familiares y bienhechores se recoge en el interés que él siempre mostró por su propia familia y, de modo especial, al reunir a sus familiares y bienhechores difuntos para que reposasen junto a él y en el mismo panteón en la casa de sus hijas espirituales, en Massamagrell (Valencia).

Don Antonio Peiró, párroco de Navajas (Castellón) “veía en Mons. Amigó una aureola de espiritualidad que le atraía. Todo en él respiraba piedad”, según dice.

En cambio el padre Luis Colomer, religioso franciscano del convento de San Blas de Segorbe, y profesor del seminario diocesano durante muchos años, manifiesta al respecto que el Obispo Amigó fue “hombre de mansedumbre ilimitada, de gran caridad, varón también muy prudente y de ánimo muy igual. No

tuvo, en cambio, esa brillantez que Dios alguna vez discierne a las grandes personalidades”.

Efectivamente, Luis Amigó no es un hombre de grandes talentos, lo que en él brilla de una manera diáfana es su espíritu piadoso y devoto. “A todos los que vivíamos con él nos edificaba su extraordinaria piedad”, según asegura don Romualdo Amigó. Por lo demás Luis Amigó seguramente conocía muy bien el texto paulino: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem (Rm 12, 3)*, es decir, *no interesa saber más, sino lo que conviene y esto con sobriedad.*

2. LUIS AMIGÓ, HOMBRE DE FE

En aquellos tiempos tenían fe. Nosotros no tenemos sino opiniones. Y con opiniones sólo no se edifican catedrales. Así se expresaba Heinrich Heine mientras admiraba la catedral de Amberes.

El Venerable P. Luis Amigó tenía fe. Era un hombre de fe. Como el justo, vivía de la fe. Toda su vida fue una demostración de fe, como asegura su familiar. Sabía perfectamente, como el apóstol Pablo, que el hombre es justificado por la fe.

En su *Ofrecimiento de Obras*, que diariamente recitaba siendo religioso capuchino, decía: “Disponed, Señor, mi alma de suerte que sea gustosa morada vuestra; y donde yo continuamente os dé culto, veneración y amor, y me una perfectísimamente todo el tiempo de mi vida con vuestra santísima voluntad, sin hacer en nada la mía, sino la vuestra en todo, mediante la cual

conformidad y unión tenga una feliz y santa muerte. Amén”.

El Padre Luis, a sus sólo 24 años, emite el llamado *Voto de Ánimas*. Es, seguramente y por lo que yo conozco, el ejercicio más heroico de la virtud de la fe. “Hago voto de redimir aquellas almas que quisiere la Santísima Virgen renunciando yo y haciendo donación de mis obras satisfactorias propias y particulares, tanto en vida como en muerte y después de mi muerte”. ¡Ah!, y lo rubrica luego, y nunca mejor dicho, con su propia sangre, según nos asegura la hermana Genoveva M^a de Valencia, que tuvo acceso al documento.

Y a sus apenas treinta años funda la congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, para quienes dispone que su único patrimonio sea la limosna. Y de limosna hace las primeras fundaciones. Y cuatro años más tarde, la de los Terciarios Capuchinos de la Virgen de los Dolores.

— Y, ¿con qué cuenta para sustento de su religiosos?, le interpela don Faustino Roda.

Y el P. Luis Amigó le replica:

— “Tan sólo cuento con la Divina Providencia, única en la que confió también el Seráfico Padre San Francisco para fundar la Orden”.

Y con estas bases, y siempre fiado en la voluntad de Dios, levanta una obra extendida hoy en treinta y tres naciones de los cuatro continentes.

En aquellos tiempos tenían fe. Nosotros no tenemos sino opiniones. Y con opiniones sólo no se edifican catedrales.

Ambas congregaciones fueron dedicadas a extender la fe entre infieles y descarriados, según afirma fray Serafín M^a de Ayelo quien, asimismo, asegura que la primera idea de Luis Amigó era fundar una congregación de religiosos que se dedicasen a la enseñanza del catecismo a enfermos y encarcelados.

Sabemos por otra parte que, estando de familia en la fraternidad capuchina de Orihuela, compone la *Novena a Nuestra Señora de la Fe*. Y, en sus años de obispo de Segorbe, escribe una pastoral sobre la enseñanza del catecismo. Y, otra sobre la fe, virtud que presenta como “camino para devolver a la sociedad, la paz, la tranquilidad, la buena armonía y la felicidad perdidas”.

Por lo demás la unción y el mimo con el que preparaba y relizaba las funciones litúrgicas, el rezo del Oficio Divino, sus devociones a San Francisco de Asís, a la Virgen de los Dolores, a

Cristo Crucificado... son manifestaciones evidentes de su vivencia de la virtud de la fe.

“La virtud de la fe juzgo que la practicó en grado heroico. Bastaba verle en su preparación, en su acción de gracias y en la realización de las prácticas de piedad”, certifica fray Serafín M^a de Ayelo de Malferit, su familiar.

Los testigos, en los procesos diocesano y apostólico, nos presentan a Luis Amigó como un religioso amante del retiro, piadoso, peregrinante y rezador, es decir, como hombre de profunda fe.

Por lo demás el Venerable Luis Amigó estaba plenamente convencido, como el apóstol Juan en sus últimos años, de que *Ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.*

En aquellos tiempos tenían fe. Nosotros no tenemos sino opiniones. Y con opiniones sólo no se edifican catedrales.

3. LA ESPERANZA EN LUIS AMIGÓ

Para el cristiano lo esencial y nuclear es vivir la vida teologal, es decir, vivir la vida interior de fe, esperanza y caridad escondida con Cristo en Dios.

Pablo espera contra toda esperanza. Y Francisco de Asís ora ante el crucifijo de la ermita de San Damián: “¡Oh, alto y glorioso Dios!, dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta”. Por su parte Luis Amigó escribe: *“Hemos de vivir unidos a Cristo por una vivísima fe, una firmísima esperanza y una ardentísima caridad”*.

Luis Amigó, en este caso, se manifiesta mucho más apasionado y cordial que su Seráfico Padre. Emplea tres superlativos absolutos tan escasos, por lo demás, en su prosa.

Hombre de una gran vida interior, no podía estar ausente de él, junto a una vivísima fe, una firmísima esperanza. Es verdad que no es ésta una virtud de la que más hable directamente,

pero sí una de las virtudes más evidentes en su persona. En el Padre Luis Amigó la esperanza se traduce en confianza en la Divina Providencia. Era un hombre providencialista, sumamente providencialista.

El Padre Luis hasta recoge el mismo pensamiento paulino cuando escribe: “No parece sino que esperase yo contra toda esperanza, porque ni la Congregación tenía recursos para ello y menos yo que nada tenía y de nada podía disponer como pobre religioso”.

Por lo demás el pensamiento expresado recoge su esperanza bajo el prisma de un sentido providencialista de la vida, vivida en pobreza y desamparo, virtudes ambas de tan amplio arraigo en la espiritualidad capuchina.

Por otra parte su *Autobiografía*, o *Apuntes sobre mi vida*, es todo un canto a la Providencia Divina y posiblemente el testimonio más completo de la esperanza heroica de Luis Amigó. Refleja la imagen del pobre de Yahvé, profundamente piadoso y providencialista; al fundador que, en momentos difíciles, sabe esperar contra toda esperanza; y al celoso obispo colgado de la mano de Dios, es decir, abandonado amorosamente en las manos de Dios, como se lee en sus Constituciones y pide a sus hijos.

“Hemos de vivir unidos a Cristo por una vivísima fe, una firmísima esperanza y una ardentísima caridad”.

Por otro lado, y vista bajo el prisma del desamparo y de la mendicación, la esperanza heroica se refleja nítidamente. Es la mejor confirmación del espíritu de quien vive la esperanza en las manos de Dios, como duerme confiado el niño en los brazos de la madre.

El desamparo franciscano constituye desamparo de casas, de cosas, de cargos, de personas y hasta de la propia libertad y voluntad, por la esperanza de la Gloria. Las mismas Constituciones Capuchinas prescriben a los religiosos que “en tiempos de peste —y era tan frecuente en su tiempo!— los hermanos fueran a servir a los apestados”. Era como apuntarse a martirio previsto, seguro. Tanto que en la peste de 1885, el mismo P. Luis Amigó, sus hermanos y sus hijas sufren los efectos devastadores del cólera.

Por lo demás la mendicación, y que ésta sea el único patrimonio, tanto de su orden como de sus dos congregaciones religiosas, pone de manifiesto la firme esperanza de quien ha puesto toda su esperanza en el Señor. De tal manera lo prescribían sus Constituciones que, en

tiempos de hambre, exigían se pidiese limosna para los pobres por medio de hermanos expresamente deputedos por los guardianes, a ejemplo del piadoso Patriarca que sentía gran compasión por los pobres.

Cuando a Luis Amigó le clausuran el convento de la Magdalena, del que es guardián e integrado por ochenta religiosos, tan sólo acierta a responder: “Pues Dios proveerá”. Y no pierde la esperanza de que así será. Y así fue, efectivamente.

En los últimos años de su vida terrena le invaden ansias de cielo: “Espero de la bondad y misericordia de Dios —escribe— que nos hemos de ver eternamente unidos, a no tardar, en la patria celestial”. Y en sus últimos momentos, cuando Mons. Lauzurica le manifiesta, luego de administrarle la santa unción, que pronto irá al cielo, Luis Amigó saca las manos de bajo las sábanas para aplaudir.

Luis Amigó puede decir con San Pablo: “Nosotros nos fatigamos y combatimos porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios”.

Más aún. Él mismo escribe: “*Hemos de vivir unidos a Cristo por una vivísima fe, una firmísima esperanza y una ardentísima caridad*”.

4. LUIS AMIGÓ, EL ENAMORADO DE DIOS

“**C**uanto cada cual cree y espera tanto ama”, escribe San Bernardo. Y es que resulta, por lo demás, evidente que la vida teologal de fe y de esperanza se manifiesta de manera lógica y natural en una doble dimensión de la caridad. Es decir, en el amor a Dios y en el amor al prójimo.

Por esto asegura Luis Amigó en sus escritos que no es posible amar a Dios sin amar también por Él al hombre, su obra predilecta, ni amar a éste con verdadero amor de caridad si se prescinde del amor de Dios. Y concluye Luis Amigó diciendo que ambos amores son como rayos emanados de una misma luz y como flores de un mismo tallo.

Por esto me referiré primeramente a su amor a Dios, como *El enamorado de Dios*, para completar luego refiriéndome a su amor a los hombres, como *Un contemplativo en acción*.

El Apóstol Pablo asegura que la salvación viene por la fe, no por las obras de la Ley, pero tampoco sin las obras de la Ley. Y Santiago, hombre práctico, afirma que fe sin obras es una fe muerta. El clásico, mucho más práctico, concluiría: “que obras son amores y no buenas razones”.

Sea de todo ello lo que fuere, lo cierto es que tanto los testigos de sus Procesos, como sus mismas obras apostólicas, nos transmiten la silueta espiritual de Luis Amigó como la imagen de un hombre protendido hacia lo divino. Los testigos unánimemente nos han transmitido el perfil de un hombre endiosado, colgado de la mano de Dios, todo él en Dios. “Por su amor a Dios, había llegado a un verdadero enamoramiento, diría D. Antonio Rodilla; estaba embriagado de amor a Dios”.

En su ofrecimiento de obras matinal rezará así al Señor: “Quisiera tener el dolor de mis pecados que han tenido todos los santos penitentes; daros las alabanzas que os han dado y darán sin intermisión, por una eternidad, todos los ángeles y bienaventurados del cielo. Quisiera amaros con todo el amor con que os aman ellos y como os amaríais vos mismo, si fuera posible. Quisiera convertir a todo el mundo a gran perfección de caridad”.

A sus diocesanos de Solsona escribía: “Todo lo que somos, podemos y valemos lo hemos de poner, amados hijos, al servicio del Señor, de quien lo hemos recibido y a cuya gloria se ordena... Pues, mirad: el que ama a Dios nada teme tanto como ofenderle, procura hacer su voluntad y emplea las potencias de su alma en servirle y glorificarle; el que ama a Dios le tributa el homenaje que le es debido en la oración, adoración y ejercicios que la religión prescribe”.

Y, tanto es el amor que Luis Amigó profesa al Señor que impone a los mismos chicos de la Escuela de Reforma de Santa Rita, Madrid, la vela diaria al Smo. Sacramento: “Tanto por la mayor gloria de Dios como por el bien espiritual que reportará a las almas, deseáramos que en nuestras casas de corrección se estableciera la vela diaria a Jesús Sacramentado”.

Su secretario y familiar D. Romualdo Amigó, quien también fuera su familiar en palacio durante los 21 años de su episcopado, ponderaba la caridad del Mons. Luis Amigó con estas palabras: “Su unión con Dios era lo que manifestaba su amor al mismo...Vivía engolfado en el amor de Dios y éste es el que movía todos los resortes de su vida”.

Muchos otros testimonios más pudiéramos traer al respecto. De todas las maneras el Venerable Luis Amigó, hombre eminentemente práctico, solía repetir con mucha frecuencia el pensamientos de san Juan: “*Non diligamus verbo, sed opere et veritate*, es decir, *no amemos de sólo palabra, sino con obras y de verdad*”.

De todas las maneras, y como buen franciscano, evidentemente profesa gran celo por la gloria de Dios, por la propia santificación y por la salvación de las almas. Éste fue su gran amor y el *leitmotiv* de toda su vida religiosa y episcopal.

“Muchas más cosas, escribe a sus Religiosas Terciarias Capuchinas, quisiera deciros... como recuerdo de este vuestro padre, que os ama en Cristo Jesús, y que deseo que seáis muy santas para gloria de Dios, honor de nuestra Congregación y salvación de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia”.

Por lo demás el Venerable P. Luis Amigó condensa su amor a Dios en forma de devoción a la Pasión del Señor, a la Virgen de los Dolores y al ejercicio diario del vía crucis.

5. UN CONTEMPLATIVO EN ACCIÓN

“**T**enemos este precepto del Señor: que quien ama a Dios ame también a los hermanos, ya que todo el que ama a un padre ama también a sus hijos”, escribe san Juan. Y Luis Amigó esto lo sabe muy bien.

Y sabe bien también que el justo vive de la fe, pero de una fe viva que florece en obras de piedad y de misericordia, pues que así lo asegura el Apóstol: “La salvación viene por la fe, no por las obras de la Ley; pero tampoco sin ellas” (*cf Gal 2, 16 y 3, 12*).

Por todo ello Luis Amigó introduce las Constituciones de los Hermanos con este pensamiento: “Los religiosos inflamarán su voluntad en el amor de Dios por medio de la oración para, de este modo, poder comunicar a sus prójimos el incendio del divino amor”. Es decir, contemplativos en acción, fe que florece en obras de piedad y de misericordia.

Así, y solamente así, se comprende la inusitada actividad de Luis Amigó, especialmente en los años de su juventud, en la creación de asociaciones cristianas, revitalización de órdenes terceras y fundación de sus dos congregaciones religiosas.

El padre Jesús Ramos, al respecto, asegura que: “tuvo especial solicitud el P. Luis Amigó por los pobres, los presos, los enfermos, los encarcelados y marginados, de tal modo que en el ejercicio de la caridad fue verdaderamente heroico”.

En sus años de seminarista se alistó ya en la llamada Escuela de Cristo para poder dedicarse a dar catequesis, visitar los presos de la cárcel, enfermos en el hospital y, en pocas palabras, a la sacramentalización por las barracas de la Huerta Valenciana.

Apenas canta misa se da de lleno a formar las asociaciones de los Luises e Hijas de María, en la Montaña de Cantabria, así como también a visitar y consolar a los presos del penal de Santoña. Tan duro fue su ministerio que hasta llegó a enfermar.

Trasladado a la Comunidad Valenciana pone todo su empeño en revitalizar y en fundar las órdenes terceras convencido, como está, de que

el espíritu seráfico es el único que puede transformar la sociedad actual, según el pensamiento de León XIII.

Y, “el progreso siempre creciente de la Tercera Orden Seglar y el deseo de mayor perfección de algunas almas, que querían consagrarse a Dios, me impulsaban ya mucho tiempo a intentar la fundación de una Congregación de Terciarias Capuchinas y, creyendo ser voluntad de Dios, empecé a escribir unas Constituciones” (*L.Amigó, OC 68*).

Y, asimismo, “considerando yo lo mucho que debía agradar al Señor el progreso siempre creciente de la Tercera Orden, le ofrecí... completar la obra con la fundación de una Congregación de Religiosos Terciarios que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos” (*L.Amigó, OC 83*).

Evidentemente el Venerable Padre Luis Amigó funda ambos institutos para el ejercicio de las obras de piedad y misericordia. Las Hermanas, intencionalmente, destinadas a obras de misericordia corporales. Los Hermanos, más bien, a las obras de misericordia espirituales.

Por lo demás el Venerable Padre Luis, y con él las hermanas y hermanos, han estado siempre abiertos a atender cualquier necesidad: la aten-

ción a niños huérfanos, a sacerdotes ancianos, y a la evangelización en primera línea en las Misiones.

De todas las maneras cuando se hace mayormente evidente la piedad y misericordia del Padre Luis Amigó es ya al final de su vida hasta tal punto de que, ya casi exhausto, se echase a llorar por no tener con que atender a sus sacerdotes. Es el momento en el que se desahoga con el Sr. Nuncio: “Así es que supongo habré de vivir a expensas de mi familia, que se me ha ofrecido en todo... Esto es motivo de tanta tristeza, que no sé cómo no acaba con mi vida” (*Carta del 17.03.1932*).

6. LUIS AMIGÓ, VARÓN PRUDENTE

La prudencia, como la magnolia, es planta de crecimiento lento y sostenido.

Se le ha llamado *auriga virtutum*, es decir, la virtud que dirige y gobierna las demás virtudes. Y, en efecto, así es. Pero en general esto acontece cuando el varón avista ya el arrabal de la madurez, el que Baltasar Gracián llama otoño de la varonil edad, y no suele acontecer mucho antes.

Luis Amigó, con otros compañeros, dirigen una carta al Ministro General de la Orden. En la misma presentan acusaciones gordas, al menos según ellos, contra su Padre Lector porque se reúne con algunas señoras en la clausura del convento, lo que no está permitido por la Regla de la Orden. Y al P. Lector le ponen como no digan dueñas. No se le podrá introducir su causa de beatificación. De las mujeres, en cambio, Carmen del Niño Jesús ha sido ya beatificada.

Y es que la carta es escrito que se consume en frío. Y elemental prudencia aconseja dejarla una noche a la intemperie en la repisa de la ventana de la habitación. Y, a la mañana siguiente, pues... tirarla de allí abajo. ¡Cuántas imprudencias se hubieran evitado si se hubiera seguido este consejo!

Sea como fuere lo cierto es que la generalidad de los testigos califican a Luis Amigó como “un hombre de gran espíritu de humildad, exquisita prudencia y grandísima piedad”. Claro que los testigos, como bien se deja ver, suelen formular su juicio contemplando a Luis Amigó en el invierno de la vejez, como diría también nuestro Baltasar Gracián.

Por otra parte, no resulta nada fácil apreciar la prudencia heroica en un hombre que se fió de Dios, dotado de un sentido providencialista de la vida y que vive en profundidad el estricto despropio capuchino.

De todos los modos la prudencia heroica del Venerable P. Luis Amigó se puede apreciar al dirigir su propia vida a la consecución del fin último: la salvación eterna. Por ello, y para conseguirla más fácilmente abraza el estado religioso con decisión y prontitud, apenas siente la llamada vocacional, y durante su vida jamás

perdona medio alguno que pueda asegurarle su absoluta fidelidad a dicho estado: oración, frecuencia de sacramentos, huida de los peligros, humildad, caridad, mortificación y espíritu de sacrificio.

Que la prudencia, como la magnolia, es planta de crecimiento lento y sostenido.

Por otra parte la prudencia, como *recta razón en el obrar*, que diría Aristóteles, o el *seny o buen sentido*, que dirían los catalanes, adornó la vida del Venerable Padre Luis Amigó. Cuando su P. Provincial se encarga de dirigir su congregación femenina, el Venerable Padre Luis cree más prudente el retraerse en lo sucesivo de la dirección; y no por ello decae en lo más mínimo su interés por la Congregación (*cf L. Amigó OC 97*).

Cuando la obediencia le lleva lejos de sus Congregaciones, a Orihuela o a Solsona, no por ello decae en lo más mínimo su interés por las mismas, pues la prudencia, la ecuanimidad y el buen sentido ilumina todos los actos de su vida.

Don José María Roche Gimeno asegura que la prudencia fue una de las notas características del Padre Luis. “Hombre ecuánime, dice, sereno, nada pronto en sus decisiones, todo en

él manifestaba esa ecuanimidad que es propia de los que tienen dominio de sí mismos”.

Por lo demás desde los treinta años hasta su muerte ininterrumpidamente desempeña cargos en la orden y en la Iglesia. Es testimonio fehaciente de que era un hombre que gozaba de grandes dotes de equilibrio, de prudencia y de gobierno.

La prudencia, o recta razón en el obrar, que diría Aristóteles, es planta que, como la magnolia, es de crecimiento lento e indefinido, pero sostenido y seguro.

7. HOMBRE DE PAZ

La silueta espiritual, que los mejores conocedores de la personalidad de Luis Amigó nos han transmitido de él, es la de un hombre equilibrado, apacible, ecuánime, dulce y sereno. Sin duda es la semblanza mejor trazada del religioso que ha vivido las parábolas de la misericordia con el estilo nuevo de las bienaventuranzas de los pobres, humildes, sencillos y misericordiosos. En la persona del obispo Luis Amigó se encuentran unidas de un modo admirable la mansedumbre, la paz y la humildad.

Mons. Javier Lauzurica nos describe la vida de Luis Amigó como “el correr manso de un río, sin declives pronunciados ni desbordamientos que rebasan el cauce; que poseyó como pocos el raro don de una vida inalterablemente serena, sin relieves, ni deslumbramientos, callada en la superficie pura, de profundo cauce espiritual”.

El sacerdote don Salvador Escorihuela afirma de su tío, el obispo Amigó, que “el Padre Luis era un alma de equilibrio y mansedumbre extraordinaria. Este equilibrio y mansedumbre quería entre los que le rodeaban. Lo que más me admiraba en el Padre Luis era su mansedumbre. Campeaba en todo su ser la dulzura”.

El franciscano P. Luis Colomer Montés, profesor del seminario segobricense durante muchos años, nos habla de Luis Amigó como de “un hombre de mansedumbre ilimitada, de gran caridad, varón también muy prudente y de ánimo muy igual”.

Buen conocedor asimismo de la vida y espiritualidad de su Obispo, de quien fue su familiar durante los 27 años en que desempeñó su ministerio episcopal y con quien compartió tareas de gobierno, fue don Romualdo Amigó. Asegura don Romualdo, en su interés por transmitirnos el perfil espiritual del Padre Luis, que “era un hombre que no perdía la presencia de Dios; era tal el equilibrio con que procedía en todos los momentos de su vida. No había salto brusco en el paso de una ocupación a otra. Era de una humildad profundísima, de una pobreza auténticamente franciscana y de una suavidad y sencillez de trato que encantaba”.

Seguramente que Fray Luis Amigó, como pastor de su grey, conocía muy bien y practicaba el conocido texto paulino: “Revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad... Pero, por encima de todo, revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección”.

Por su parte el P. Jesús de Orihuela, hermano de hábito de Luis Amigó, asegura de éste que era la delicadeza personalizada. Y se atreve a precisar todavía más lo que él entiende con tal expresión: “conjunto de grandeza, dulzura, afabilidad y trato exquisito”.

Otro de sus hermanos en religión, si bien conoció al Venerable ya en el declinar de su existencia terrena, certifica que, “a esas alturas de la vida se acentuó más todavía su amabilidad y ecuanimidad”.

Y don Luis Quixal, canónigo magistral de la catedral de Segorbe, entre las virtudes que adornaron la figura humilde del obispo Luis Amigó, destaca asimismo su dulzura de carácter y su mansedumbre.

Por su parte don Francisco Mateo Zurita apreciaba a su obispo por ser un hombre emprendedor y dinámico. Y, sin embargo, dice,

lo hacía con tanto silencio y equilibrio que parecía ignorarse a sí mismo.

Y don Enrique Mateo Montesinos nos ha hecho el bosquejo biográfico como el de “un hombre piadoso, amable, de gran suavidad, humilde y observante”.

No creo que quienes mejor han conocido al Obispo Amigó se hayan propasado en epítetos hacia la persona de su obispo. De todas las maneras la inmensa mayoría, y los textos citados así lo ponen de relieve, nos delinean la silueta espiritual del Venerable Luis Amigó como la de un hombre equilibrado, apacible, dulce, ecuánime y sumamente manso, pacífico y sereno.

8. ESPÍRITU MISERICORDIOSO

En el Antiguo Testamento, junto a la figura salvadora de un Dios Sabaoth, o Dios de los ejércitos, se desarrolla asimismo la figura de un Dios misericordioso. Es decir, de un Dios que vierte su corazón paternal sobre los más pobres e indefensos de Israel: sobre los desvalidos, huérfanos y viudas. “El Señor es misericordioso y clemente, magnánimo, piadosísimo y fidelísimo... El Señor es piadoso y benigno, lento a la ira, clementísimo. El Señor es bueno con todos. Su ternura se extiende a todas las criaturas” (*Ps 86 y 102*). Así canta el salmista.

Pero, sin duda alguna, es en el Nuevo Testamento, y especialmente en San Pablo y en su discípulo San Lucas, donde encontramos las páginas más bellas sobre la salvación y misericordia divinas. Bastaría recordar la Carta del Apóstol a los Colosenses: “Revestíos de entrañas de misericordia” (*Col 3,12*). O la Carta a los

Efesios: “Sed misericordiosos y compasivos unos con otros” (*Ef 4,32*). O también las parábolas de la misericordia del autor del tercer evangelio. La salvación, por la misericordia de Dios, pasa de San Pablo a la espiritualidad agustiniana y, de San Agustín y por vía franciscana, alcanza asimismo a Luis Amigó y a sus hijos espirituales. ¿Cómo no recordar a Francisco de Asís que, con profunda ternura paternal, escribe a un hermano ministro: “Que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje de ti sin haber obtenido misericordia. Compadécete siempre de los tales?”

Por lo demás es un hecho que Luis Amigó tiene muy en su mente y en su corazón las obras de misericordia con que San Mateo, y como tema de examen final, concluye su evangelio. Y asimismo el pensamiento de San Juan de la Cruz de que “al final de la vida seremos examinados en el amor”.

Por todo ello bastará recordar la entrada que han tenido en el Venerable Padre Luis y en sus congregaciones religiosas las parábolas de la misericordia: El hijo pródigo, la oveja perdida, la resurrección del hijo de la viuda de Naín..., o el ministerio misericordioso encomendado a sus hijos de enseñar al que no sabe, vestir al desnu-

do, corregir al que yerra... o dar buen consejo a quien lo ha menester.

Si hojearnos las Obras Completas de Luis Amigó comprobaremos su insistencia en el pensamiento de San Pablo a Timoteo: “Es voluntad de Dios que todos los hombres alcancen la salvación”. Y, a los Romanos: “De tal manera ha tenido el Señor misericordia de nosotros, que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó para nuestra salvación”. Ambas citas del Apóstol son las mayormente repetidas en los escritos de Luis Amigó. De tal modo que, prácticamente, se llegan a convertir como en el *leit-motiv* de toda su acción pastoral y de la de sus hijos espirituales.

“¿Quién nos separará del amor que Cristo nos tiene?”, se pregunta el Apóstol en su carta a los Romanos. Y, en un arranque de vehemencia, se pregunta de nuevo: “¿Será tal vez Dios que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que le entregó a la muerte para nuestra propia salvación?”

Condenar al Hijo unigénito, al justo, para tener misericordia y salvar a los pobres pecadores es la mayor muestra de la Divina Misericordia hacia los hombres extraviados. Es

el texto bíblico por el que el Venerable P. Luis Amigó manifiesta una mayor predilección.

De ese su deseo de salvación, sin duda, nace en el Venerable Padre Luis Amigó y en sus hijos el ministerio pastoral misericordioso y redentor, de tal manera que una tercera cita bíblica es la más repetida de sus obras completas. Es decir, la del apóstol Santiago: “Porque quien salva un alma predestina la suya”. Consejo que, con inusitada insistencia de padre, recuerda Luis Amigó a sus hijos e hijas espirituales.

Por ello —y no podía ser de otra manera— ha querido dejarnos su última voluntad concentrada en este pensamiento central de su carta-testamento: “Queridos hijos e hijas, no temáis desfallecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida, pues podéis estar seguros que, si lográis salvar un alma, con ello predestináis la vuestra”.

La salvación, por la misericordia de Dios, seguramente constituye el *leitmotiv* y alma de todo apostolado, tanto de Luis Amigó como de sus hijos e hijas espirituales.

9. DE SU MANSEDUMBRE Y HUMILDAD

Los mejores conocedores del espíritu del Venerable Luis Amigó, en su afán por diseñarnos su silueta espiritual, nos la delinearán como la de un hombre manso y humilde, pobre y sencillo, piadoso y cordial. Y, en las deposiciones procesuales, los diversos testigos se pronuncian en este mismo sentido.

Y el Señor, al proponerse al hombre como modelo, le dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Y hallaréis la paz” (*Mt 11,29*).

Y Francisco de Asís, el pobre y humilde Francisco de Asís, quiere que “los hermanos sean mansos, pacíficos y modestos, apacibles y humildes”... (*R. 20*).

En esta línea encontramos al franciscano P. Luis Colomer que nos habla del P. Luis Amigó como de “un hombre de mansedumbre ilimitada, de gran caridad, varón también muy pru-

dente y de ánimo muy igual” (cf *Sum. P.O. XXXV, ad 112*).

Pero ¿qué es la mansedumbre? Y la virtud de la humildad, ¿qué es?

La mansedumbre, de la palabra latina mansuetudo, se refiere al viviente a quien conducimos de la mano = manu suetus = sujeto a la mano. Es el manso. Véanse si no, los toros mansos en los encierros. Son conducidos como de la mano de sus mayores.

Por lo demás Jesús, sufriendo, aprendió a obedecer (cf. *Hebr. 5, 8*).

La humildad, en cambio, proviene del vocablo humilitas, y hace referencia a ese barrillo que abandonan los ríos en las riberas cuando, en la primavera y en el otoño, vuelven a su cauce normal, y que recogían los alfareros para elaborar los utensilios de cocina. Es un barro muy dúctil y moldeable para su elaboración en el torno.

Por esta razón, y por su origen etimológico, se puede proclamar que el hombre es tanto más humano cuanto más humilde se manifiesta.

Sea como fuere, tanto la mansedumbre como la humildad, hacen referencia a virtudes propias de espíritus pobres, sencillos, y muy culti-

vados, especialmente bajo el peso de la obediencia. Ambas son virtudes propias de espíritus que viven el gozo de las bienaventuranzas bajo el peso de la cruz.

El sacerdote don Salvador Escorihuela, sobrino de Mons. Luis Amigó, declara que “el Padre Luis era un alma de equilibrio y mansedumbre extraordinaria. Este equilibrio y mansedumbre quería entre los que le rodeaban. Lo que más me admiraba en el Padre Luis era esa su mansedumbre. Campeaba en todo su ser la dulzura”

Uno de sus hermanos en Religión, el padre Luis M^a de Orihuela, si bien conoció ya al Venerable Padre Luis en el declinar de su existencia terrena, certifica que, “a esas alturas de la vida se acentuó todavía más su amabilidad y ecuanimidad”.

Por otro lado el Dr. Luis Quixal, el célebre Canónigo Magistral de la catedral de Segorbe, reconocía que su obispo, “Mons. Luis Amigó, además de la dulzura de carácter, a que tantas veces me he referido, destaca su mansedumbre”.

Por lo demás la figura de Luis Amigó, manso y humilde de corazón, lo reflejaba su misma persona y la trasladó a su *Autobiografía* que, por humildad, intituló *Apuntes sobre mi Vida*. Yo diría que se trata del escrito de un humilde

fraile capuchino escrita con el espíritu profundamente franciscano de un hermano menor.

Indudablemente Luis Amigó lleva a la práctica en su vida el consejo que san Pablo daba a los Colosenses: “Tened unos con otros —como escogidos de Dios santos y amados— entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia... Pero, por encima de todo, revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección” (*Col. 3,12*).

10. ESPÍRITU MUY FRANCISCANO

La vida, el carisma, la espiritualidad y la obra de Luis Amigó —especialmente la escrita— es la vida, el carisma, la espiritualidad y la obra de un hermano menor de vida eremítica, es decir, de un hermano menor franciscano capuchino.

Los mismos *Apuntes sobre mi vida*, o su *Autobiografía*, los compone con un espíritu de sencillez, humildad y pobreza franciscanas que encantan. Los comienza “Para mayor gloria, pues, de Dios y confusión y humillación de mi alma” (*L. Amigó, OC 1*). Los escribe por obedecer la solicitud de su confesor. Y los redacta en pequeños papelitos sueltos que luego une.

Sigue luego el relato encantador, al modo de las *Florechillas de Francisco de Asís*, de quien hace frecuentemente referencia. ¡Ah!, y lo concluye asimismo en humildad suplicando a cuantos los lean que rueguen mucho al Señor por él, pues que, habiendo respondido al Señor

tan mal y sido tan ingrato a sus beneficios y favores con sus pecados e infidelidades, con razón teme sus rigurosos juicios (*cf. L. Amigó, OC 239*).

Esta misma *Autobiografía* o, mejor dicho, sus *Apuntes sobre mi Vida*, no deja de ser un relato sencillo y humilde de la vida un pobre fraile menor capuchino escrito con franciscana simplicidad.

Por lo demás, aparte su vida de religioso, fundador y obispo, sus mismas obras, y me refiero de un modo especial a la fundación de sus dos congregaciones religiosas, las realiza en pobreza y sencillez franciscanas y para las mismas quiere y desea fidelidad al propio espíritu seráfico.

A sus hijas de Colombia les escribe: “La Congregación es vuestra Madre, que con la vida religiosa os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracterizan a nuestra Orden Seráfica” (*L. Amigó, OC 1858*).

Y a la Hna. Maestra de Novicias, también de Colombia, le dice: “Cada Orden y cada Congregación tiene su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía, y el de nuestro Instituto, rama del tronco francisca-

no, y por añadidura capuchino, debe estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza” (*L. Amigó, OC. 1920*).

Por lo demás también a sus religiosos les ordena: “Los Religiosos procuren que sus lecturas sean seráficas, seráficas sus devociones, seráficos los santos de su devoción a quienes se proponga imitar, y seráfico también el amor a María Inmaculada nuestra Madre, Rosa fragantísima del Jardín Seráfico” (*L. Amigó, OC 1978*).

Y a ambos institutos religiosos dejará escrito en su carta testamento: “Para haceros dignos de tan alta misión habéis de procurar, amados hijos e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco” (*L. Amigó, OC 1832*).

En pocas palabras, breves y concisas, como Francisco de Asís escribe su Regla, Luis Amigó recoge todos esos caracteres que deberán adornar a sus hijos: la fraternidad, la minoridad, el amor seráfico, el espíritu de oración, el sentido penitencial y todo un ramillete de virtudes propias del espíritu franciscano, pues, como afirman quienes mejor le conocían: “El Padre Luis era un espíritu muy franciscano”.

En síntesis, y, sobre todo, al hablar de su espíritu de pobreza absoluta, de sencillez y humildad profundas, los diversos testigos las califican de franciscanas. “Era de una humildad profundísima y de una pobreza auténticamente franciscana”, asegura D. Romualdo. “Su espíritu de pobreza recordaba a San Francisco”, dice la M. Elisa de Altura. “Siguió siendo capuchino en Solsona” que, como obispo, siguió con su hábito, sus sandalias y su amplia barba capuchina haciendo vida de fraternidad.

11. LUIS AMIGÓ Y LA SAGRADA FAMILIA

Yo creo que todo religioso, especialmente en los momentos difíciles de la vida, necesita de una Madre. Y toda religiosa, asimismo, en momentos fuertes de su propia existencia tiene necesidad de un Madre, y mejor aún, de un Familia.

Tal vez sea por esto, y en atención al ministerio apostólico a desarrollar, el P. Fundador da a los hermanos por Madre a la Virgen de los Dolores y a las Hermanas, asimismo, la Virgen de los Dolores enmarcada en el grupo de la Sagrada Familia.

La atención a chicos difíciles exige la vigilancia constante de las madres. La atención en orfanatos, asilos, hospitales, misiones y juventud femenina difícil exige la Sagrada Familia, incluso con los abuelos, como en la Casa Madre de Masamagrell.

Es un hecho que en la historia bimilenaria de la Iglesia no hay fundador alguno que no haya

profesado una tierna devoción a la Madre. En el siglo XI los monjes concluyen la hora de Completas con los deliciosos himnos a Nuestra Señora la Virgen María. En el XII, época de templos románicos oscuros, de monjes y monasterios, siempre brilla sobre el altar mayor de la iglesia la figura sedente de María Reina. En el XIII y XIV la mayoría de catedrales góticas europeas están dedicadas a María.

En estos siglos se desarrolla el monacato pero, sobre todo, florecen las grandes órdenes mendicantes: Los dominicos, con su amor a la Virgen del Rosario; los franciscanos, a Nuestra Señora de los Ángeles; los Carmelitas, a Nuestra Señora la Virgen del Carmen.

En el XVI la reforma capuchina profesa una gran devoción a la Inmaculada, y con el tiempo, a la Divina Pastora. Y en los últimos tiempos los Salesianos, a su María Auxiliadora... Los fundadores, todos, todos profesan una gran devoción a la Virgen bajo la advocación más propicia a la misión que el Señor les encomienda a ellos y a sus hijos.

En esta perspectiva el P. Fundador da a los hermanos por patrona la Virgen de los Dolores; y a las hermanas, “la Sagrada Familia, en la que el Niño Jesús estrecha entre sus brazo la

cruz y la Santísima Virgen y San José le miran con tristeza; la Señora, con su corazón atravesado con siete espadas” (cf *L. Amigó, OC*). En ella —dice— están simbolizadas nuestras dos Congregaciones.

Es verdad que el P. Fundador no se explaya demasiado sobre la teología de la Sagrada Familia. Pero no es menos verdad que la peste de 1885, en la que mueren cuatro capuchinos y otras cuatro hermanas, el P. Fundador, cual otro fray Cristóforo de *I Promesi Spossi* en la peste de Milán de 1630, luego de recuperarse, va en socorro de los apestados, lo que determina grandemente la finalidad última del Instituto femenino.

El ministerio apostólico de “dedicarse con toda solicitud y desvelo al socorro de las necesidades corporales y espirituales de sus prójimos, en los Hospitales y Asilos o Casas de enseñanza, particularmente Orfelinatos, y en las Misiones —y con el tiempo en instituciones para chicas difíciles— tiene aquí su acta de bautismo.

El mismo P. Luis Amigó no se olvidará de ello y hará un velado elogio del heroísmo de sus hijas, es decir: “Del heroísmo de esa pléyade de vírgenes consagradas al Señor que sacrifican gustosas su juventud, su fortuna y esperanzas,

para entregarse por entero al servicio de sus prójimos en los orfanatos, asilos y hospitales donde, como madres, son el consuelo y la providencia de sus acogidos” (*cf Luis Amigó, OC 943*).

La Sagrada Familia, pues —creo yo—, debería ser primeramente un modelo para la formación de las Hermanas recogiendo, sobre todo, el pensamiento expresado por Pablo VI en Nazaret: “La Sagrada Familia, escuela del Evangelio para aprender a observar, escuchar, meditar y penetrar el significado del Evangelio; la Sagrada Familia modelo de silencio, de estudio, de meditación, de vida interior, de oración y de trabajo”.

Y, en segundo lugar, la Sagrada Familia deberá ser asimismo un modelo en el ministerio apostólico de atención al joven, al enfermo, al anciano o al desvalido. Pues son los momentos en los que el anciano, el huérfano y el descaerriado sienten una mayor necesidad de la atención amorosa de una familia.

Por lo demás, en estos tiempos en que tan escaso respeto se profesa a la fidelidad matrimonial, a la familia, a la vida..., es tal vez más necesario que nunca el tener un modelo de identidad. Y la Sagrada Familia ciertamente hoy lo es.

12. EL PADRE LUIS Y LA JUSTICIA

Generalmente a la virtud de la justicia se la representa como una matrona con su balanza en la mano derecha, pero con los ojos vendados. Quiere indicar que pesa las acciones humanas y juzga con equidad e imparcialidad. De tal modo que la justicia es igual para todos pero, por aquello de que lleva los ojos tapados, con demasiada frecuencia es más igual para unos que para otros, por desgracia.

Como virtud moral propende al justo medio. *In medio est virtus*, que decían los clásicos. Pero la dificultad estriba en que no resulta fácil saber y acertar a dar con el justo medio en cada una de las acciones humanas.

La acción de la justicia se centra fundamentalmente sobre la esencia de las acciones. Pero generalmente esta esencia viene envuelta en una tupida red de circunstancias que la pueden modificar incluso substancialmente. No son indiferentes a la justicia las circunstancias de la

persona, tiempo, modo, medios empleados, finalidad...

Los hermanos Eteocles y Polinices luchan por el trono de Tebas. Vence Eteocles. Pero, según las antiguas leyes de Tebas, su tío Creonte juzga que a Polinices se le debe dejar insepulto, por traidor. No obstante su hermana Antígona le rinde honores y le da sepultura, lo que le acarrea asimismo la pena de muerte. A Ismena la ley le ha arrebatado a sus dos hermanos y a su hermana Antígona. ¿Es esto justo?, le pregunta a Creonte. ¿Qué clase de justicia es esa? Y a mí, ¿quién me hace justicia?

Evidentemente es la pugna de dos conflictos: el familiar y el civil.

Aparte de la justeza de las mismas leyes humanas —que con frecuencia son perfectamente legales, pero no morales— el juez ha que atender a infinidad de circunstancias que pueden redimensionar la sentencia, para no hacer injuria a terceros.

Integran la virtud de la justicia dos partes: la justicia distributiva y la justicia conmutativa, es decir, que en la acción de la justicia se ha de atender a la igualdad y a la proporcionalidad y ambas deberán ser conjugadas.

La justicia del hombre hacia Dios se convierte en devoción, oración y plegaria. La justicia hacia el hombre cristaliza en piedad y misericordia. Y La justicia de Dios para el hombre se convierte en perdón, misericordia y redención.

De ahí, pues, que la justicia de Luis Amigó para con Dios en él se transforme en devoción a la Eucaristía, a Jesús crucificado, a la Santísima Virgen, al sacerdocio, y en su persona se convierta en oración y plegaria.

De ahí, también, el apostolado del Buen Pastor y el apostolado misericordioso y redentor para levantar al joven caído, ministerios respectivamente propios para él y para sus hijos e hijas espirituales.

De ahí, asimismo, el amor redentor que se hace misericordia en “el árbol de la cruz de la que, dice Luis Amigó, simboliza la justicia por lo recto y largo de su tronco, y la misericordia por sus brazos, fue el punto céntrico donde convergieron estos dos atributos divinos, para darse el ósculo de paz que salvó al linaje humano de la muerte eterna” (*L. Amigó, OC 468*).

Y en la misma ocasión escribe: “El Señor nunca nos trata en este mundo cual merecen nuestras culpas, sino que, de tal modo atempera el vino de la justicia con el óleo de la miseri-

cordia, que se cumple lo que dice el profeta: que la justicia y la paz se dan fuerte ósculo y abrazo” (*L. Amigó, OC 725*).

Por lo demás en cuanto que la justicia es dar a cada uno lo suyo, los mejores conocedores de Luis Amigó aseguran unánimes: “Estoy seguro de que el Siervo de Dios se propuso siempre obrar dentro de la justicia e imparcialidad con que debe proceder un obispo... Nunca por su parte hubo trato de favor para nadie. Daba a cada uno lo suyo”, como certifica D. Luis Quixal, el Magistral de la catedral de Segorbe.

13. DE JUAN DE RIBERA A LUIS AMIGÓ

Decía Su Santidad Benedicto XVI que “los santos, guiados por la luz de Dios, son los auténticos reformadores de la vida de la Iglesia y de la sociedad. Maestros con la palabra y testigos con el ejemplo, saben promover una renovación eclesial estable y profunda, porque ellos mismos están profundamente renovados” (*cf. Benedicto XVI, 13-01-2010*). Los santos y reformadores del Siglo de Oro español así lo confirman.

A raíz del Concilio de Trento, a lo largo y ancho del imperio español, brotan infinidad de santos reformadores. Entre éstos está Juan de Ávila, Carlos Borromeo, Tomás de Villanueva, Ignacio de Loyola, Francisco de Sales, Roberto Belarmino, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, por nombrar tan sólo algunos conocidos. Sin embargo el gran reformador, en la Comunidad Valenciana, del clero

secular y regular es, sin duda alguna, el ilustre sevillano Juan de Ribera, El Patriarca.

El Concilio de Trento promueve la creación de los seminarios conciliares. Tal es así que cada diócesis enseguida procede a levantar su propio seminario. En todo caso, y según es bien conocido, la diócesis que no se apresura a edificar su propio seminario conciliar Felipe II ordena su fundación y pasa luego los costos.

Sea como fuere el verdadero reformador sin duda —como digo— del clero en la Comunidad Valenciana fue Juan de Ribera. De hecho, y aparte de levantar su seminario conciliar para renovar al clero secular, se le considera fundador de 83 conventos, de los que entrega a la Familia Franciscana 42 de ellos. Gran devoto del cuerpo y de la sangre de Cristo, funda el Colegio del Patriarca, para la adoración perpetua del Cuerpo del Señor. Y adjudica trece conventos a la Orden Capuchina con lo que se le juzga el fundador de la Provincia Capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia.

A él se debe el que en la Comunidad Valenciana las capillas del Santísimo estén situadas en lugar recogido y, en el templo, con puerta independiente al exterior. De su tiempo

es el sonar la campanilla a la elevación, o agitar el carillón para recordar el mismo acto. Incluso tocar la campana mayor de la parroquia para recordar a los huertanos el preciso instante de *la elevación*. Éstos, cejan un momento de su trabajo, se secan el sudor, y en pie elevan una plegaria al Señor, acto del que es un fiel reflejo el Ángelus de Millet.

El P. Luis Amigo, luego de la restauración primer Ministro Provincial de la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia, siempre llevará consigo una reliquia del fundador de la misma, es decir, de San Juan de Ribera, y que actualmente se conserva en el *Museo Amigó de Godella, Valencia*.

De la semilla plantada por el Santo Patriarca brota la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia; y, de ésta, nace el Venerable Luis Amigó, Y de éste, dos congregaciones religiosas, que han producido numerosas vocaciones en la Comunidad Valenciana, así como también han dado numerosos frutos de santidad.

La diseminación de los conventos franciscanos de Juan de Ribera por toda la geografía levantina fue creando focos de espiritualidad

inextinguibles. Recordemos, tan sólo, por citar algunos, la Magdalena, en Masamagrell; Monte Sión, en Torrente; el de Orito, en Alicante, La Ollería, en Valencia o los franciscanos de Onteniente y Villarreal.

Al calor de los conventos brotan infinidad de vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal, muchas de las cuales son tronchadas en la flor en plena juventud de la vida. De ahí que la huerta y la montaña valencianas estén tapizadas del color de las alondras y del espíritu de santidad. Bastaría recordar que en la beatificación realizada por Su Santidad Juan Pablo II en 2001 fueron beatificados 234 mártires de la Comunidad Valenciana, 72 los cuales del gran árbol de la familia franciscana.

La espiritualidad de Juan de Ribera bebe del espíritu franciscano su respeto al sacerdocio y su devoción al cuerpo y a la sangre del Señor. Y, asimismo, es deudor al espíritu franciscano de su ascética austeridad y su sencillez, pobreza y humildad.

San Juan de Ribera, a parte de ser un gran reformador del clero regular y secular fue, asimismo, un gran propulsor de la espiritualidad franciscana que, a lo largo y ancho de la geogra-

fía levantina, a través de los siglos ha producido una gran cosecha de vocaciones religiosas y óptimos frutos de santidad.

14. FE, FIDELIDAD Y FORTALEZA

En cierta ocasión escribí que fe, fidelidad y fortaleza constituyen las tres eses del triunfo. Y no es porque yo lo diga, pero es verdad. A los grandes de la tierra, en los foros y en las plazas, se les levantan arcos de triunfo. Ejemplo de cuanto digo es el Foro Romano. A los mártires de las catacumbas se les reconoce por el arcosolio sobre sus tumbas. Son hombres de fe, fidelidad y fortaleza. Son los verdaderos triunfadores.

Para un cristiano el máximo triunfo lo constituye alcanzar la santidad. Por ello los primeros triunfadores fueron los mártires. En ellos brillan de una forma esplendente las virtudes de la fe, fidelidad y fortaleza, las tres eses del triunfo, como digo.

En la primitiva Iglesia los primeros que alcanzan la santidad, y así lo ha reconocido ella con la canonización, son los mártires. A continuación llegan las siete mártires y vírgenes del

Martirologio y del Canon Romano. A la fe, fidelidad y fortaleza, que supone el arrostrar el martirio, añaden la virtud de la virginidad que, en aquellas calendas, era virtud tan difícil de guardar y conseguir como afrontar el martirio.

A continuación se beatifica a pastores de la Iglesia, ya que pastorear un rebaño en tiempo de persecuciones, exige también fe, fidelidad y fortaleza, que frecuentemente sellaban con la corona del martirio. Y, finalmente, los confesores, es decir, quienes ejercitaron la virtud heroicamente. Y, entre éstos, como mártires o como confesores, ocupan un lugar destacado y preferente los religiosos. Su número es incalculable.

En este contexto halla significado lo que afirmaba uno de los últimos Sumos Pontífices: “Yo no tendría dificultad alguna en canonizar a quien haya vivido fielmente la vida religiosa”. Y es que vivir fielmente una vida religiosa larga exige fe, fidelidad y fortaleza. Una vida fraterna con hermanos, no de carne y sangre sino dados por el Señor, puede que no sea una vida heroica, pero desde luego se le parece mucho.

Cuando hablamos de la fortaleza en el Venerable P. Luis Amigó, no la podemos hallar en unos hechos brillantes y heroicos de su vida, pues no se dieron, sino en una prolongada vida

religiosa de casi ochenta años. Es decir, en una vida sobria, discreta y piadosa, sin especial relieve, pero vivida con fe, fidelidad y, sobre todo, fortaleza, en el seguimiento del Señor.

Por todo ello se le lleva la Causa de Canonización, cuyo final que esperamos, constituye la concesión definitiva de la efe del triunfo. Si recorremos las diversas etapas de su vida podremos comprobar que la heroicidad de su virtud está formalmente, más que en hechos heroicos, en su fortaleza y constancia.

Fortaleza para superar su etapa de huérfano y al cuidado de sus tres hermanas. Fortaleza para marchar a Francia e ingresar religioso capuchino. Fortaleza para emprender la gran obra de la restauración de la vida conventual en España. Fortaleza para revitalizar las Ordenes Terceras en la Comunidad Valenciana. Fortaleza para promover la restauración de la Provincia Capuchina de Valencia. Fortaleza para el servicio de primer provincial luego de la restauración. Fortaleza para la fundación de dos congregaciones religiosas.

Fortaleza para vivir lejos de sus fundaciones. Fortaleza en inevitables conflictos con sus superiores mayores y con sus hijas e hijos espirituales. Fortaleza con lo que siempre supone todo

comenzar de nuevo. Fortaleza como obispo en dos diócesis de escaso relieve. Fortaleza en los últimos años de su vida cuando no tiene nada que ofrecer a sus sacerdotes. Sin humano sustento, hasta el punto de que *habré de vivir a expensas de mi familia, que se me han ofrecido en todo, pues nunca he pensado en el día de mañana*, como dice en sus cartas.

Su fortaleza y constancia le dan la fe del triunfo, según creemos, y le hacen acreedor a que le levantemos el arco de triunfo que siempre se eleva a los triunfadores. Y el Venerable Padre Luis Amigó, no cabe duda, fue un triunfador.

15. TEMPLANZA CAPUCHINA

El vocablo *templanza* deriva de la palabra *tiempo* y viene a indicar que todo se ha de realizar a su debido tiempo y en su justa medida. Es decir, que tiene como cometido propio y específico el de moderar los goces del apetito concupiscible, ese dulce apetito que induce a gozar de la vida y a transmitirla.

Decía don Miguel de Montaigne que la templanza es el condimento que permite degustar el placer en su más gratuita dulzura. Y don Battista Mondin, la templanza no tiende a anular los placeres, sino a moderar su uso, poniendo en ello la regla o medida justas. Por lo que ha podido decir San Juan Bosco, y con razón, que la templanza es uno de los mejores custodios de la virtud.

La vida religiosa, de siempre, ha tenido muy en cuenta en su normativa el promover un tenor de vida ascético que no es sino la gimna-

sia requerida por la templanza para mantener en forma la vida del espíritu.

Los padres capuchinos, una de las reformas de la primera orden franciscana, han acentuado siempre la vida religiosa austera, ascética y penitencial. Y con ella, la vivencia de la virtud de la templanza. De hecho los padres capuchinos —y Luis Amigó fue uno de ellos— han vivido de limosna. Y en el refectorio, caso de que algo les faltase a la hora de la comida, tan sólo podían reclamar pan y agua. ¡Hasta tal punto limitaban los placeres de la mesa y del vino!

Por lo demás los diversos testigos de los procesos elogian altamente en la venerable figura de Luis Amigó la templanza de todo el ser. En sus gestos, en sus gustos, en sus sentidos, en sus inclinaciones y en su vida sencilla, pobre y morigerada. Los mismos elogiosos juicios manifiestan los más variados testigos al referirse a su sobriedad, modestia, serenidad, equilibrio y ecuanimidad. Su familiar D. Romualdo Amigó agrupa su pensamiento sobre la templanza de Mons. Luis Amigó en la siguiente frase: *Su vida era la de un perfecto capuchino*, como buen hijo de San Francisco.

Por esto pudo señalar muy bien Mons. Francisco Javier Lauzurica: “Sólo puedo decir

que en los años que yo le traté ví en Luis Amigó un obispo modelo, pues sus sentidos, gustos, inclinaciones y carácter estaban fundidos en Jesucristo”.

“Es, gracias a la templanza, que estamos en grado de conocernos a nosotros mismos y a los demás”, decía Platón. Al hombre se le conoce en la mesa, decimos nosotros. Y Su Santidad Juan Pablo II: “Ser hombre significa respetar la propia dignidad y, por lo mismo y entre otras cosas, dejarse guiar por la templanza”.

El espíritu capuchino da un especial relieve al desapropio de la persona, al comer y al vestir. La templanza capuchina, interiormente, tiene su asiento en el desapropio de casas, cosas, personas y hasta de la propia voluntad. Y, exteriormente, tiene un reflejo en su actitud ante la vida, en el comer y en el vestir.

Descendiendo una vez más a la amable figura de Luis Amigó podemos afirmar que el Venerable Luis Amigó, como perfecto capuchino, llevó una vida sobria, discreta y religiosa. En la mesa fue pobre y morigerado. Y en el vestir se puede decir que no se quitó el hábito capuchino ni siquiera para dormir. Incluso pidió ser enterrado con el hábito, indicando con ello, su estado de pobreza y consagración.

En fin, la templanza, que en el nuevo testamento es conocida como moderación, discreción o sobriedad, “es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad”, según nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica.

16. LA POBREZA FRANCISCANA

Los teólogos distinguen, o al menos antes distinguían, la pobreza como virtud y la pobreza como voto. La esencia de la pobreza, como virtud moral que es, se mantiene en su justo medio, es decir, en usar de las cosas materiales con el espíritu sencillo, desprendido, de las bienaventuranzas.

En cuanto al voto a mí siempre me ha asaltado una duda: ¿Por qué religiosos y frailes profesamos los tres votos sobre otras tantas virtudes morales —que ni siquiera son las más importantes, las cardinales— y no sobre las tres virtudes teologales, ya que lo propio y natural del religioso es la vida teologal?

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el 18 de abril de 1875 fray Luis de Massamagrell emite sus primeros votos como religioso capuchino en Bayona (Francia). Y cabe decir que, por lo que se refiere al voto de pobreza, la Orden Capuchina, reforma de la Primera Orden como

Hermanos Menores de Vida Eremitica, acentúa todavía más el estilo franciscano de vida peregrinante, pobre y devota.

Tal es así que desde entonces, y durante toda su vida, el Venerable P. Luis Amigó profesa una pobreza auténticamente franciscana. Así al menos se recoge en la inmensa mayoría de las declaraciones de los Procesos Diocesano y Apostólico.

Desde luego, y hasta que aparece en escena la figura de Francisco de Asís, en la Iglesia no se practicaba otra pobreza que la apostólica y, en los monasterios, la pobreza monástica. En ambos casos privaba la persona sobre la colectividad. De tal modo que haciendo todos los monjes voto de pobreza el Monasterio demasiadas veces dejaba mucho que desear en cuanto a pobreza institucional.

En cambio la pobreza franciscana se extiende también a las instituciones, incluso, a la propia voluntad. Es decir, que la pobreza franciscana exigía el no poseer nada absolutamente, es decir, desapropio de cosas, de casas, de cargos e incluso de la propia voluntad.

Por lo demás, por las actitudes y tenor de vida que nos ha sido posible observar en Luis Amigó podemos deducir que conocía con toda

seguridad el paso aquel en que el Poverello de Asís asegura: “Yo jamás fui ladrón de limosnas, ni en pedir las, ni en usar de ellas más de lo necesario. Y siempre tomé de las mismas menos de lo que necesitaba, para que otros pobres no quedasen privados de su parte. Pues que obrar de otra manera —dice— sería robar”.

“Enseña la virtud con las palabras, decía Evagrio Póntico, pero proclámala con las obras”. Ésta fue, sin duda, la máxima del Venerable Luis Amigó. De tal manera que los capuchinos, si alguna cosa les faltaba en el refectorio tan sólo les era permitido pedir pan y agua.

Y, por lo que se refiere a los placeres de la mesa y del vino hay que decir que guardaban varias cuaresmas durante el año, y algunas más, de tal modo que la mayoría de los días del año comían de cuaresma. La vivencia perfecta del voto de pobreza, en los comienzos de la reforma capuchina, se nos antoja hoy un tanto inhumana.

Por otra parte este mismo espíritu de pobreza lo recoge el Venerable Luis Amigó en las mismas Constituciones de sus hijas espirituales para quienes legisla que *La mendicación sea el único patrimonio de las Religiosas*. Sea de todo lo dicho lo que fuere, lo cierto es que el Venerable

P. Luis Amigó, según su familiar, “fue varón de una humildad profundísima, de una pobreza auténticamente franciscana y de una suavidad y sencillez en su trato que encantaba”. Y, en cuanto a la virtud de la pobreza, nunca quiso, a ejemplo del Seráfico Padre San Francisco, que nadie le aventajara. Así lo refiere su *Decreto de Venerable*.

17. COMO INFANTE EN BRAZOS DE SU MADRE

Hoy no resulta fácil el ejercicio de la virtud de la obediencia. Primero porque su misma etimología así nos induce a pensarlo. Virtud proviene del vocablo latino *vir*, lo cual exige virilidad, que de la misma raíz provienen los dos vocablos. Y, en cuanto a la obediencia, de *ob-edire*; las palabras precedidas de la preposición latina *ob* indican, ya de partida, cierta dificultad, algunos obstáculos, alguna obstrucción.

Y, en segundo lugar, porque no resulta fácil hermanar obediencia y libertad. Y mucho menos si nos referimos a la libertad absoluta. Por más que estemos convencidos que la libertad verdadera es hacernos esclavos los unos de los otros por amor, según San Pablo. De todos modos nos vamos a referir a la obediencia franciscana, y por añadidura capuchina, que fue la que observó siempre el Venerable Padre Luis Amigó.

Evidentemente la obediencia franciscana pretende ser una obediencia de juicio y criterio, obediencia de todo el ser. Será una obediencia viva, activa y alegre, según escribe Paul Sabatier, y, por supuesto, pronta, devota y total.

En el antiguo testamento decía el Salmista: “Yo reposo confiado y sereno, como infante en los brazos de la madre, luego de haber mamado”. Y en este texto se apoya el Seráfico P. San Francisco para la verdadera obediencia franciscana. “Como infante, dice, que reposa sereno y confiado en brazos de la madre”.

Cuando el Venerable Padre Luis Amigó escribía las Constituciones de sus hijas e hijos espirituales retomará el mismo texto para indicar la obediencia que él desea: “Los Religiosos procuran ponerse como niños en las manos de la santa obediencia”.

Es, por lo demás, la misma obediencia que el Venerable pide a sus feligreses: “Debe ser, pues, la obediencia de los fieles para con sus Prelados y Ministros del Señor, pronta, ciega y voluntaria, esto es, que no admita demoras ni dilaciones, distingos ni excusas, y que les obedezcan no como forzados, sino con satisfacción y hasta con alegría, como quien obedece en ellos al mismo Dios”.

Es la obediencia en la que se ejercitó el Venerable Padre Luis durante toda su vida, pues asegura el P. Melchor de Benisa: “Para mí lo más grande del Padre Luis es que supo compaginar perfectamente la sumisión y obediencia a los superiores con sus preocupaciones de fundador. Durante el tiempo en que andaba en estas preocupaciones fue destinado a distintos conventos. Nunca oí una queja de él, ni interpuso recurso alguno que le facilitara su obra de fundador”.

Y concluye: “Su carácter ante la obediencia era siempre igual, nunca parecía contrariado ni malhumorado. Prueba manifiesta de su espíritu de obediencia es que nunca, a pesar de sus preocupaciones de fundador, rompió con la Orden”.

De hecho escribía a sus hijas de Colombia: “Cada Orden y cada Congregación tienen su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía; y el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, deberá estar basado: en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza”.

El hecho indudablemente nos recuerda la obediencia ciega *sicut cadáver* de Francisco de

Asís. Cuando los hermanos preguntan al Seráfico Patriarca: “Padre, dinos cuál es la obediencia más alta y más perfecta”, les pone la imagen de un cadáver y les dice: “Éste es el verdadero obediente, pues no juzga por qué se le cambia, no se preocupa dónde se le coloca, no insiste en que se le traslade. Promovido a un cargo, conserva la humildad de antes. Y, cuanto más honrado se ve, por más indigno se tiene”.

Por otra parte se distingue perfectamente la obediencia religiosa de la licencia o permiso, el que a veces se obtiene luego de un diálogo, más o menos largo, con el superior y que atañe mucho más al modo que no a la esencia de la obediencia.

¡Sea por el amor de Dios!

18. EL CELIBATO RELIGIOSO

Hoy, en grandes áreas de la sociedad, se configura la existencia diaria con un marcado carácter de materialismo, consumismo y hedonismo paralizante, por lo que no resulta nada fácil hablar del celibato religioso y sacerdotal. Y, todavía mucho menos, el tratar de constatarlo en tal o cual individuo concreto, por más limpio y transparente que se haya manifestado el trazado de su vida.

Pudiera parecer que mi punto de vista resulta excesivamente radical. De todos modos tengo la impresión de que no lo mejora el juicio Juan Pablo II: “El olvido de Dios condujo al abandono del hombre —dijo—, por lo que no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en filosofía; del relativismo, en gnoseología y en lo moral; y de pragmatismo y hasta de hedonismo cínico, en la configuración de la existencia diaria”.

De todas las maneras, a Dios gracias, no es el mismo el campo de desarrollo de la vida religiosa en los tiempos en que vive su celibato religioso el Venerable Padre Luis Amigó, que en estos comienzos del siglo XXI ya avanzado.

Para un cristiano, y por añadidura consagrado, la vida religiosa es simplemente un carisma ó una manifestación del Espíritu Santo que el Señor regala a la Iglesia y al mundo. El celibato es una eclosión de amor que, libre de trabas humanas, invade a ciertos individuos para ser testigos del amor de Dios y artífices en la edificación de la comunidad. El celibato es inexplicable sin un amor total. Y, no me cabe la menor duda, de que en este contexto lo vive Luis Amigó.

El deseo de mayor perfección le lleva a su ingreso en religión. De tal modo que, al finalizar su año de noviciado en Bayona, el P. Maestro lo quiere retener como *Ángel del Noviciado*. En esta misma línea el P. Jesús de Orihuela decía del Venerable Padre Luis que *era un ángel de pureza*.

En este mismo sentido se expresa asimismo el P. Jesús Ramos cuando afirma: “De tal modo observó la virtud de la castidad que yo lo considero como un ángel por su modestia y recogí-

miento. Hizo penitencia y guardó los sentidos. Resplandeció en el pudor y candor excepcional, unidos a una gran modestia y gravedad”.

Siguiendo el mismo camino y en parecidas expresiones se manifiesta también D. José Ramos: “El Siervo de Dios observó la virtud de la castidad. Para guardar la castidad fue modelo en la vista y practicó mortificaciones corporales. Era un modelo de modestia y gravedad, manifestando su candor y pudor con relación a esta virtud”.

Desde luego el voto de castidad no implica nunca renuncia al amor, sino plenitud del mismo. Al religioso no le es posible amar a Dios, sin amar al mismo tiempo a los hombres sus hermanos. A este respecto escribe el Venerable Luis Amigó: “No es posible amar a Dios sin amar por él también al hombre, su obra predilecta, ni amar a éste con verdadero amor de caridad si se prescinde del amor de Dios. Ambos amores son como rayos emanados de una misma luz y como flores de un mismo tallo”.

Como medios de conservar la castidad los teólogos enumeran la modestia, recogimiento y gravedad, dentro de una vida de austeridad y mortificación corporales. En esta misma direc-

ción va el pensamiento de la Hna. Genoveva M^a de Valencia: “La templanza y mortificación del Padre Luis fue en todo momento la que corresponde a un verdadero religioso capuchino. Nunca le vi que buscara comodidad alguna”.

Por lo demás la penitencia, mortificación, austeridad, modestia y recogimiento han formado siempre parte de las más puras esencias capuchinas.

En fin, también yo estoy plenamente convencido de que el Venerable Padre Luis Amigó vivió la castidad religiosa. El que pueda entender que entienda. En todo caso esta es la razón, pues, de mi convencimiento.

19. CRISTO, Y CRISTO CRUCIFICADO

Seguramente que no fue leve la caída de Pablo en el Camino de Damasco, pues, de perseguidor de los cristianos, le transforma en el gran Apóstol de los Gentiles. Pero seguramente tampoco fue menor la caída sufrida en el Areópago de Atenas. El Apóstol se ha preparado detalladamente su discurso al Dios Desconocido. Su disertación es larga y precisa. Pero los Areopagitas le dicen: *Sobre esto te escucharemos otro día.*

Esta segunda caída seguramente no fue menor que la primera, digo. Pues el Apóstol se retira a Corinto. Y dirige su predicación con palabra sencilla a los más necesitados. El núcleo de su predicación se centra en la figura de Cristo, y Cristo crucificado. La gracia de Dios le ha corregido el punto de mira de su predicación.

El Apóstol escribirá luego a los Gálatas: “Libreme Dios de gloriarme sino es en la cruz de

cristo, y Cristo crucificado, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo”. Pablo sabe que todo es gracia. De ahora en adelante Cristo, y Cristo crucificado, será su alfa y su omega, en quien vivimos, nos movemos y somos.

También Francisco de Asís tiene su Camino de Damasco. Más largo y tortuoso que el del Apóstol, la verdad. Pero en su segunda caída, cuando “se topa cierto día con un leproso y, superándose a sí mismo, se llega a él y le da un beso, comienza a tenerse más y más en menos”. Desde entonces todo le sabe dulce como la miel.

También los capuchinos de la Reforma retoman esa misma actitud de Pablo y Francisco. Acentúan cada días más la centralidad del Cristo muerto y resucitado en sus vidas. De hecho diariamente conmemoran la muerte del Señor Jesús en la Santa Misa. Se hacen predicadores del vía crucis. Diariamente también meditan la Pasión y muerte del Salvador. Y, por supuesto, los Dolores de su Santísima Madre.

De estos veneros beberá, pues, Luis Amigó su cristocentrismo y su mariología dolorosa, que transmitirá luego como rasgos característicos de la espiritualidad propia y específica a sus hijas e hijos espirituales.

“Francisco y sus compañeros, que habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar la cruz de Cristo en el corazón y en las obras y predicarla con la lengua, parecían, y eran en verdad, hombres crucificados en su manera de vestir, en su austeridad de vida, en sus acciones y en sus obras”. Así se expresa uno de sus historiadores.

Tanto que se pregunta Celano: “¿Quién podría decir, quién pudiera comprender cuán lejos estaba de gloriarse si no era en la cruz del Señor? Sólo a quien lo ha experimentado le es dado saberlo... Y es que toda la vida de este pobrecillo de Cristo se cifra en seguir el camino de la cruz, en gustar las dulzuras de la cruz y en predicar la gloria de la cruz”.

El mismo, o similar pensamiento, lo recoge el número 13 de nuestra Regla y Vida: “Los Hermanos y Hermanas ninguna otra cosa, pues, deseen sino a nuestro Salvador, que se ofreció asimismo en el ara de la cruz, como sacrificio y hostia mediante su sangre por nuestros pecados”.

El Venerable Padre Luis manifiesta asimismo su cristocentrismo al recoger las mismas expresiones para alimento espiritual de sus hijas e hijos espirituales, pues les escribe: “Esté, pues,

amados hijos, muy lejos de nosotros el gloriarnos en otra cosa que en la cruz de Jesucristo. Amémosla y vivamos crucificados con ella para el mundo, y el mundo para nosotros, como dice el Apóstol”.

De Pablo a Francisco, de Francisco a los PP. Capuchinos, de los PP. Capuchinos al P. Fundador y del P. Fundador a sus hijas e hijos espirituales se trasvasa el amor a Cristo, y Cristo crucificado. En sus hijas e hijos espirituales florece en forma de un cristocentrismo piadoso y corredentor.

20. LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Seguramente que la devoción a la Virgen de los Dolores es una de las primeras que nace en la Iglesia. Pues, en los primeros siglos privaron las imágenes de Cristo, el Mártir del Calvario, y de María, la Reina de los Mártires.

Tal es así que el Canon Romano, que la Iglesia ha venido recitando durante siglos, todo él está articulado sobre la única idea de martirio, y cita a los primeros mártires como las más fieles imágenes del Mártir del Calvario.

Y, por lo que se refiere a María, la primera basílica romana, como puede ser Nuestra Señora de las Nieves, la Virgen Blanca, fue dedicada a María, Reina de los Mártires. A María que en las primeras horas de la mañana del Sábado Santo desciende a Jerusalén trayendo consigo las insignias de la Pasión (los clavos, la corona de espina, el corazón traspasado por siete espadas) mientras a sus espaldas se dibu-

ja la silueta y el perfil del Monte Calvario con las tres cruces ya desnudas.

Durante los siglos XII y XIII se da en la Iglesia una eclosión de órdenes religiosas, cuyos fundadores profesan una especial devoción a Nuestra Señora. Son los siglos del románico y del gótico. Por ello se ha podido escribir que no hay fundador alguno que no haya profesado una profunda devoción a la Virgen María, fijada en alguna advocación o santuario marianos.

Por lo demás esta devoción a la Virgen de los Dolores va cuajando a través de los siglos y, ya en el XIII, los PP. Servitas tienen estructurado el Septenario con los siete dolores, como lo conocemos hoy. Al mismo tiempo van apareciendo ya imágenes de María, la Virgen de los Dolores, con el corazón traspasado por siete espadas.

El siglo XVI también es pródigo en fundadores y, por supuesto, en devociones a la Virgen Nuestra Señora. Nacen los PP. Capuchinos con su contemplación diaria de la Pasión y de la Cruz. Esto les lleva a contemplar asimismo a menudo a María en la Calle de la Amargura, al pie de la cruz, en la deposición de su hijo en su regazo o en la sepultura en el Calvario. Esto produce necesariamente en el capuchino una

especial piedad y compasión a María, la Virgen de los Dolores.

El Venerable Padre Luis Amigó, ya desde su niñez, bebe de esta misma espiritualidad. Sus padres en el bautismo lo ponen bajo de advocación de María. Y, anualmente, acude con ellos a las fiestas patronales de Puçol, Valencia, de María al Pie de la Cruz. Posteriormente durante años se goza de acontecimientos que se realizan en alguna fiesta mariana, especialmente de sus Dolores, como es su primera misa, la redacción de las Constituciones o la fundación de sus hijos religiosos.

Indudablemente que cuando en la tarde de la Pascua de 1889 el Venerable P. Luis se traslada, con sus hijos, a la nueva residencia de la Cartuja de Ara Christi, y se encuentran con una oleografía de la Virgen de los Dolores dicen de consuno: *Ésta es nuestra Madre*. Y, efectivamente, se la llevarán a la fundación de Torrent, Valencia, y posteriormente a la fundación de Santa Rita, en Madrid en 1890, alrededor de la cual se fotografía la primera fraternidad, mientras el P. Fundador apunta con el dedo a la Virgen.

La devoción a la Virgen de los Dolores la manifestará el Venerable P. Fundador felicitan-

do a sus hijos con ocasión de la festividad de la Virgen de los Dolores, patrona de la Congregación con rango de solemnidad, y en sus hijos por la implantación en todas sus fraternidades e instituciones.

Manifestación de esta devoción y piedad se recoge en nuestra Regla y Vida: “Siguiendo el mandato de San Francisco, profesen una grandísima veneración a Santa María, Señora y Reina, virgen hecha Iglesia”. Y el Venerable Padre Luis Amigó, en momentos de especial dificultad, escribe a sus hijos: “Unámonos en espíritu aquel día —el Viernes de Dolores— en el santuario del corazón dolorido de nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones”.

21. EL BUEN PASTOR

La figura del Buen Pastor es una de las imágenes bíblicas más bellas. Nacida en una cultura de carácter agrícola y pastoril, manifiesta un especial relieve en Isaías y Ezequiel, y adquiere su mayor importancia significativa encarnando la figura de Cristo en las amables parábolas que recogen los evangelios de Juan y Lucas. Pero, sobre todo, se concreta en esa figura, tosca de puro sencilla, cargada de un especial atractivo y muy amable, cual es el Buen Pastor de las Catacumbas de San Calixto, en Roma.

El Venerable Padre Luis, por franciscano, seguramente profesa una especial devoción al Buen Pastor. Narra Celano en una de sus biografías que el Seráfico Padre, de tanto llorar la pasión del Señor, vino a perder la vista. Y decía dolorido, y así nos lo ha transmitido en sus Avisos Espirituales: “Reparemos todos los her-

manos en el Buen Pastor que, por salvar a sus ovejas, soportó la pasión de la cruz”.

Es posible que el Venerable Padre Luis, en sus años jóvenes, no fuera arrastrado por una especial devoción a la figura del Buen Pastor. De todos modos, como capuchino, y especialmente como misionero, cada día hubo de meditar la pasión de Cristo con la devoción al Buen Pastor, y a su augusta Madre la Divina Pastora y celestial Zagala de las almas.

Pero, seguramente ésta devoción se despertó aún más en él con su elección a Obispo y Administrador Apostólico de Solsona. Pues, cuando se trata de elaborar su escudo de armas —lo que no se compadece bien con el espíritu misericordioso y redentor de los buenos pastores— coloque como mote del mismo el del Buen Pastor: “Doy mi vida por mis ovejas”.

Asimismo en su primera exhortación pastoral —que en buena lógica y medida recoge el programa de intenciones de su pontificado—, escribe: “Obligación nuestra es el vigilar, cual solícito pastor, sobre vosotros, nuestra amada grey, para impedir que lobos voraces puedan hacer presa de vosotros apartándoos del redil del Buen Pastor”.

De todas las maneras el Venerable Luis Amigó con la figura del Buen Pastor da inicio a su pontificado y con la figura del Buen Pastor rubricará en su carta testamento sus ilusiones pastorales, especialmente por lo que se refiere a sus hijos espirituales: “Y si aconteciere que — dice—, dando oídos al espíritu infernal, se apartan del redil del Buen Pastor, también vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor”.

El texto, denso y solemne, que sirve de frontispicio para comenzar su ministerio pastoral lo deja grabado asimismo en su carta testamento como su última voluntad. Y las últimas voluntades recogen la síntesis más querida del testador y siempre se respetan.

Por lo demás, y si bien el Venerable Padre Luis no se prodiga en la figura del Buen Pastor, sin embargo traslada a sus fieles las mismas palabras, o similares, que dirige a sus hijas e hijos espirituales. ¿En quién pensaba cuando escribía a sus diocesanos: “Miradle cruzar los montes y trepar los collados cual amante pastor en busca de la oveja descarriada?”

¿Y cuando escribe: “El Señor nos eligió entre millares, e invistió de la misma autoridad que a los Apóstoles para que, cual pastores solícitos, corriésemos en pos de la oveja descarriada hasta conducirla al aprisco?” Sencillamente, siguiendo la descripción del profeta Ezequiel concreta las características del Buen Pastor de Israel: “Buscar la oveja perdida, conducir al rebaño las extraviadas, vendar las quebrantadas y curar las heridas”.

¡Con cuánta razón se ha dicho que Luis Amigó siguió las huellas del Buen Pastor, “que todo le ayudaba a hacerse agradable: el aspecto de su persona, su sonrisa, su dulzura y la afabilidad de su trato... y que semejaba el Sumo Sacerdote de la Antigua Ley!”.

22. QUIEN SALVA UN ALMA...

“ ¡Q ué bien comprendían los santos, amados hijos, que el que salva un alma predestina la suya!”, exclamaba nuestro buen Padre Luis Amigó.

El catecismo es ese epítome de teología fundamental que ha enseñado a tantos y tantos a ser buenos. Me refiero al catecismo para niños, que éstos han aprendido de memoria al tiempo que aprendían a leer.

Pues bien, ese catecismo decía que el fin del hombre era conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después gozarle en la eterna. También el Venerable P. Luis Amigó aprendió sin duda dicho catecismo. Pues, durante toda su vida, tuvo muy presente el fin del hombre y el deseo de salvación, que supo muy bien conjugar con la idea de la predestinación. Y a la consecución de dicho fin dirige todas sus fuerzas durante su vida.

Desde niño —dice Luis Amigó— me concede el Señor inclinación al sacerdocio. Más tarde —asegura— con tan buenos ejemplos empezó a despertarse en mí un grande deseo de vida más perfecta, ingresando en Religión. Y concluye seguidamente a raíz de la guerra: Tan tristes acontecimientos avivaban en mí el deseo de dejar la sociedad e ingresar en Religión.

Posteriormente, y no obstante las circunstancias adversas que me rodeaban, no cesaba el llamamiento interior a la Religión. Cuatro amigos tenía yo en aquel tiempo, asegura en otra ocasión, y todos aspirábamos a entrar en Religión. Finalmente, tanto mi tutor, que era hermano de mi padre, como también nuestro protector, don Francisco Pérez Montejano, me autorizaron para gestionar mi ingreso en Religión.

El anhelo constante de ingreso en Religión, que en aquel entonces se consideraba el puerto seguro para la salvación, el deseo de mayor perfección,... espoleaban siempre en el mismo sentido: la idea de la salvación eterna, que constituye el deseo más intenso de su alma y el núcleo más profundo de sus escritos.

De todas las maneras grandes son las ansias de cielo, como grande es el propio deseo de sal-

vación, sin embargo tal vez sea mayor su deseo de salvar almas.

A sus religiosos de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, les escribe: “He podido apreciar el interés y desvelo con que secundáis los designios del Señor en procurar la salvación de las pobres almas de los jóvenes a vosotros encomendados, siendo así que el que salva un alma predestina la suya”.

Sin embargo es mayormente conocida su última voluntad, plasmada en su carta testamento, y manifestada como su postrer consejo para el desarrollo de la misión de sus hijas e hijos espirituales: “No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas con que tratará de envolveros el enemigo, pues podéis estar seguros de que si lográis salvar un alma, con ello predestináis la vuestra”.

Por otra parte sus mejores conocedores no dejan de repetir insistentemente en sus declaraciones “el celo y dedicación total de su vida a la gloria de Dios y al bien de las almas”, o “su celo por la salvación de las almas y por promover la gloria de Dios era el distintivo de su vida apostólica” o “no tenía otra preocupación que la sal-

vación de las almas, buscando en todo la gloria de Dios” o “hacia todo por amor de Dios y buscando la santidad de su alma”.

Porque, y así lo repetía él, “los santos han demostrado siempre tan ardiente celo por la salvación de sus prójimos, por quienes no dudaron en sacrificar gustosos sus bienes, su reposo, su salud y hasta su vida, con la seguridad de que al salvar un alma predestinaban la suya”.

23. EL PADRE LUIS Y LA EUCARISTÍA

Constituye un punto importante en la espiritualidad de la Familia Seráfica, y por consiguiente de la Familia Amigoniana, el amor a la liturgia, el respeto al sacerdocio y, de modo especial, la devoción a la Eucaristía. Ella es fuente, centro y culmen de la vida cristiana.

Aseguran, quienes mejor conocen a Luis Amigó, que ya desde niño profesó gran devoción al sacerdocio ministerial. Y también aseguran que su elección a obispo no le sentó mal por cuanto siempre la consideró como la plenitud del ministerio sacerdotal. De todas las maneras seguramente que su amor a la Eucaristía se le fue acrecentando grandemente con su elección al episcopado. Como gran admirador del inmortal Pío X, que tenía como lema de su escudo el texto paulino *Restaurar todo en Cristo*, mediante la recepción frecuente de la Eucaristía.

El P. Luis Amigó escribió una exhortación pastoral deliciosa *Sobre la Eucaristía* y una circular sobre la *Comunión Diaria*. Seguramente que son escritos en los que el Venerable Luis Amigó se muestra más teólogo. En ellas he querido yo encontrar la Eucaristía y sus santos siete dones.

Manantial de la gracia: Dice el Concilio Vaticano II que del costado abierto de Cristo en la Cruz brotaron los sacramentos, y de ellos la Iglesia. Y Luis Amigó: “Entremos en su corazón por la llaga de su costado, y en él construyamos nuestra mansión para que, viviendo en él, por él y para él aquí en la tierra, gocemos de su vista en el cielo”.

Centro de unidad: “Lo que el Señor quiere y desea de nosotros, y lo pide encarecidamente al eterno Padre, es que, de tal modo vivamos unidos entre sí por los vínculos de la caridad, que seamos uno como él lo es con su eterno Padre y el Padre con él, para que así logremos esta unión con Dios”.

Y, a continuación saca la conclusión: “Estén lejos de vosotros, pues, las diferencias que distancian y separan; fusionaos o fundíos, por decirlo así, unos con otros, que no haya personalismos ni opiniones que puedan entibiar el

afecto que debéis profesaros como hijos del mismo Padre que está en los cielos”.

Alimento del peregrino. Luis Amigó escribe al respecto: “Si a los israelitas les alimentó en el desierto con el maná llovido del cielo... este sacramento, memorial de su Pasión, parece que agota el manantial de dicho amor por cuanto no sólo se ofrece ya en sacrificio por nuestros pecados, sino que además se nos entrega asimismo en alimento”.

Fuente de vida eterna: “Como Jesucristo recibe de su Padre una vida toda divina, del mismo modo, a proporción, viene a ser este divino Redentor el principio de una vida espiritual y divina en los hombres, por la participación de su cuerpo y sangre en la Sagrada Eucaristía”. “En él vivimos, nos movemos y somos”. ¿Puede haber algo más íntimo a mi mismo que esta vida divina?

Compendio de maravillas: “Todas las obras del Verbo encarnado, incluso su Pasión y Muerte, no nos dan una alta idea del amor del Señor hacia nosotros, como la institución de la Sagrada Eucaristía, compendio de todas las maravillas del Señor”, escribe Luis Amigó.

Aumenta la gracia: “A la manera que los alimentos conservan la vida y aumentan las fuer-

zas del cuerpo, así este manjar celestial conserva y aumenta la gracia, que es la vida de nuestra alma”. Así razonaba el P. Luis Amigó.

¡Con cuanta razón ha podido decir D. Romualdo Amigó: “La vida del Siervo de Dios estaba centrada en la Santísima Eucaristía y en la Virgen de los Dolores. Estos eran sus dos grandes amores”! Y el P. Luis de Orihuela: “Practicaba con visible unción y recogimiento las grandes devociones a la Eucaristía, a Cristo Crucificado y a la Santísima Virgen, especialmente bajo la advocación de los Dolores”.

24. LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA

San Felipe Neri fue un florentino sumamente sencillo y humilde. Tanto es así que jamás aceptó el cardenalato, ni siquiera quiso pasar por fundador de los Padres del Oratorio. Recibió gran influencia de Francisco de Asís. Gastó su vida en servicio a los pobres de los barrios más bajos de la ciudad de Roma.

Fue canonizado juntamente con San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Isidro Labrador. Para tener una idea cabal de la fama de santidad de que gozó en su tiempo Felipe Neri baste decir que, por aquellos días, los romanos comentaban: “Hoy han canonizado a cuatro españoles y a un santo”.

Sea de todo ello lo que fuere, lo cierto es que la sombra del ciprés es alargada, que la figura de Felipe Neri ha tenido gran influencia en Luis Amigó y, a través de él, en el ministerio apostó-

lico de sus hijas e hijos espirituales, los religiosos amigonianos.

Felipe Neri crea la institución del Oratorio que, en la Iglesia Nueva, reúne seguidores de las orillas del Tíber, con los que tiene sus actos religiosos de devoción. Teóricos unos, otros prácticos. Con el tiempo el oratoriano Obispo de Trivento, siguiendo la inspiración de San Felipe Neri, funda las famosas *Escuelas de Cristo*.

El Venerable P. Luis nos dice en su Autobiografía: “Bien pronto, acompañado del referido amigo, empecé a asistir los domingos al hospital para atender a la limpieza de los enfermos, alistándome al efecto en *la Congregación de San Felipe Neri*”.

Y, añade poco más adelante: “Deseosos de mayor perfección, solicitamos el ingreso en *la Escuela de Cristo*, instalada en las Escuelas Pías”.

— ¿Qué son estas *Escuelas de Cristo*?

Sencillamente se trata de agrupaciones de siete sacerdotes y catorce seculares, de una espiritualidad seráfica y penitencial, compasiva y misericordiosa y deseosos siempre de mayor perfección. Profesan una tiernísima devoción a la Virgen María. Semanalmente se reúnen en

un oratorio para tener sus ejercicios de penitencia y piedad que, como conclusión lógica y natural, concretan luego en actos semanales de caridad.

La España del XVIII llegó a contar con no menos de 144 Escuelas de Cristo, distribuidas por toda la geografía nacional, y a las que llegó a pertenecer gran parte de la flor y nata de la sociedad de entonces. En ellas ingresan gentes de todas las clases sociales: obispos, capitanes, canónigos, clérigos...

Entre las acciones ad extra las *Escuelas de Cristo* tienen: semanalmente un clérigo y dos seglares visitan el hospital para ayudar a repartir la comida y la limpieza —los seglares—; confesar y preparar a bien morir —los sacerdotes—. Tres veces al año —por Pascua, la Porciúncula y Navidad— los miembros de la *Escuela de Cristo* visitan la cárcel para catequizar y consolar a los reclusos en ella. Y también semanalmente llevan a los hospitales y cárceles la buena prensa que los asociados recogen de los buzones colocados a las puertas de las iglesias.

Es cierto que cuando el Venerable P. Luis Amigó ingresa en la *Congregación de San Felipe Neri*, y posteriormente en la *Escuela de Cristo*, éstas instituciones no gozan ya de la vitalidad

primera, pero ¿quién no ve en ellas la finalidad primera de las Órdenes Terceras Franciscanas, fundadas o revitalizadas por Luis Amigó, y la finalidad de sus congregaciones religiosas?

No cabe la menor duda de que, desde el punto de vista de la formación religiosa y humana la *Escuela de Cristo* marca profundamente al joven José María Amigó. Con anterioridad a que, deseoso de mayor perfección, ingrese en la Orden Franciscana Seglar, en la *Escuela de Cristo* profundiza ya en su espíritu franciscano y en su dimensión misericordiosa.

Y es que, como siempre, ¡la sombra del ciprés es alargada!

25. GEA EL BUENO

¡Ah, Gea! ¿Quién fue Gea el Bueno?

Fue un hombre sencillo, un artesano humilde y un varón honrado. Murió un día cualquiera de un año, poco más o menos, de no se sabe cuando. Tampoco interesa precisar mucho más. Murió, cual otro Juan el Bueno o José el Carpintero, en humildad y sencillez. Pero fue un hombre que supo conservar el rescoldo de la fe, la religión y la piedad durante los crudos años de la exclaustación española de 1835.

¡Con qué grata ilusión yo, joven seminarista, acudía las tardes de la Navidad levantina a presenciar el *Misterio de Belén* en nuestro convento alcantarino de Torrente! Y, ¡con qué ilusión acudía también a presenciar el *Misterio de Belén* en el Patronato de Gea en la Calle Landerer, en Valencia!

En aquellas kalendas de mi juventud yo lo ignoraba, pero luego he sabido que Gea, don Gregorio Gea, fue el gran amigo de mi buen Padre Fundador. Gregorio Gea fue el alma que intercede para el ingreso de Luis Amigó en la *Escuela de Cristo*, a la que él ya pertenecía.

“Para mi ingreso en la Escuela —escribe Luis Amigó— se tropezaba con la dificultad de no tener yo la edad reglamentaria, inconveniente que allanó el santo varón Gregorio Gea, fundador del Patronato de Valencia, y que me tomó gran afecto”.

La suya era una familia de pobres, pero honrados labradores, del cercano pueblo de Mislata. Muy pronto la necesidad le obliga a ingresar como aprendiz en un taller de carpintería de la ciudad de Valencia.

El año 1858 lo encontramos ya situado en la Ciudad del Turia, y puesto por cuanta propia. Tiene instalado su taller en la céntrica calle del Pilar. Es el momento en que compra una casa, el *Colegio de San Francisco*, para albergar a seminaristas pobres.

La convivencia con seminaristas y trabajadores determina la polarización de todas sus actividades en el punto de mira de la recristianización del obrero. Como congregante

de la *Escuela de Cristo* inducía a los jóvenes y a los obreros a visitar el hospital para atender a los enfermos, servirles la comida y consolarlos con las máximas de nuestra santa religión. Asimismo experimentaba gran consuelo en visitar a los presos de las cárceles, con quienes se entretenía horas conversando.

Luis Amigó, como seminarista y congregante asimismo de la *Escuela de Cristo*, ¡cuantos ratos de oración no compartiría con don Gregorio Gea en las Escuelas Pías y en el Patriarca! ¡Cuántos domingos no habrán transcurrido ambos por barracas y alquerías de la Huerta Valenciana explicando el catecismo a sus moradores!

Y, ¡qué ánimos no daba Gea para visitar las cárceles y el hospital! ¡Y qué unción no desplegaba en la preparación de las catequesis dominicales con sus seminaristas! Y, luego, en las tardes del domingo, un puñadito de cacahuetes e higos pasos y a disfrutar con los jóvenes en la pradera de la Pechina, junto al Río Turia.

Yo doy gracias al Señor que puso en el camino de Luis Amigó la figura humilde del carpintero Gea. El hombre bueno que le ayudó para ingresar en la *Escuela de Cristo*. Que con él explicó catecismo por barracas y alquerías de la Huerta Valenciana. Que con él visita el hospital

y las cárceles. Y que, de su sencillo magisterio, aprendiera los rudimentos de la formación profesional en su pobre carpintería.

¡Qué mejor cosa que, con la merienda todavía en la mano, visitar a Gea y sus amigos en su ebanistería de la calle del Pilar, tan cercana a la casa de la familia Amigó!

Cuando se avecinan los días amables del nacimiento de Nuestro Salvador no puedo por menos de recordarme de las sencillas representaciones del *Misterio del Nacimiento*, en la Calle Landerer, y en el conventito de Nuestra Señora de Monte Sión.

26. LOS MILAGROS EN QUE YO CREO

— ¿Y tú todavía crees en los milagros?

— Sí, claro. Todavía creo en milagros.

— ¿Y tú no crees?, pregunto a mi vez a mi interlocutor.

— Bueno, sí, creer creo. Pero en los milagros no creo demasiado. Es la verdad.

— ¿Y un sacerdote no cree demasiado en los milagros? ¿Cómo es eso? Si toda nuestra fe se centra en la Pasión, Muerte y Resurrección del Maestro. Es decir, en la Eucaristía, o Memorial de la Pasión, que cada día celebramos.

Yo creo en la Biblia porque creo en que todo un Dios me amó primero, me creó luego y murió por mí. Constituye la mayor prueba del amor. Y creo en los milagros porque murió y resucitó y se apareció a María Magdalena, a Pedro y a Juan, a los discípulos de Emmaús, a los once, a

los doce en el cenáculo y a más de quinientos hermanos, la mayoría de los cuales todavía vive, según afirmaba Pablo. Por eso creo en los milagros. Y particularmente en la Resurrección por cuanto no hay milagro probado con mayor número de testigos de vista.

Y creo en el martirio, como muestra suprema de amor, porque Dios mismo nos ha amado de tal manera que se ha hecho hombre, ha padecido muerte de cruz y se ha entregado por nuestros pecados. Es el Mártir del Calvario. No existe mayor prueba de amor que la del que entrega su vida por sus hermanos, ¿no crees?

Y creo en el martirio porque el mártir paga por su fe con la moneda más valiosa que posee, que es su propia sangre. De este modo la fe y el amor constituyen las dos caras de la misma moneda. Y el amor y el martirio constituyen asimismo las dos caras de la misma medalla.

Por lo tanto yo creo en Dios porque creo en el amor oblativo del Hijo de Dios hacia mi persona. Y creo en la Iglesia porque Dios murió por mí y, aún más, resucitó para que yo tenga vida y la tenga en abundancia. Y creo en la Congregación porque hermanos míos rubricaron con su sangre la fe que profesaban, la espiritualidad que vivían y la misión a la que se

entregaban con ardor y que, a través del Venerable Padre Luis Amigó, nos confió el Señor: “La gran obra de la reforma de la juventud que el Señor ha encomendado a nuestra Congregación”.

Y yo creo en la Congregación y creo en la espiritualidad amigoniana, y creo en el ministerio específico de ir en pos de la oveja descarriada porque hermanos míos, sin temor a desfallecer en los desfiladeros y precipicios en que muchas veces hubieron de poner su vida para salvar la oveja perdida, no les arredraron los zarzales y emboscadas con que trató de envolverles el enemigo, pues estaban seguros de que, si lograban salvar un alma, con ello predestinaban la suya.

Mis hermanos tenían fe, amor y sacrificio, y con fe, amor y sacrificio fácilmente podían edificar catedrales. Estaban convencidos de que su bautismo de sangre era muy superior el bautismo sacramental, por cuanto el primero no deja ocasión, ni resquicio alguno, para futuras defeciones.

Cuando los paganos veían el gozo y la paz con la que morían los primeros cristianos en el circo unos a otros se decían: No es posible una muerte así, si su religión no fuese la verdadera.

Y esto mismo les empujaba a la conversión. De donde concluye Tertuliano que *la sangre de los mártires es semilla de cristianos*. En este sentido se insertan los grandes conversos, los apolo-gistas de los primeros siglos: san Justino, san Cipriano, Orígenes, Tertuliano... Es la Iglesia de los Mártires.

Yo creo en Dios, en el amor y en los milagros porque el Señor murió y resucitó por mí. Y creo en la Congregación, en su espiritualidad y en su ministerio específico por la fe, fidelidad y fortaleza de mis hermanos ante el martirio. Esta es mi fe.

27. EL CAMINO REAL DE LA SANTA CRUZ

La Biblia nos habla de los dos caminos que conducen a la salvación o a la perdición. Y, concretamente, en San Mateo leemos: “Grande es la puerta y ancho el camino que conduce a la muerte. Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida”. En cambio Tomás de Kempis tan sólo nos describe uno, es decir, el que él denomina *Camino Real de la santa Cruz*, que conduce a la vida y a la verdadera paz interior.

El Venerable Padre Luis, en cambio, comenta que hay muchos caminos para ir a Dios, y aconseja que cada uno prosiga con intención irrevocable el que una vez comenzó, para ser perfecto es su profesión. Y a continuación nos propone un amplio abanico de caminos, al menos siete, que conducen a la vida verdadera, es decir: El camino de la cruz, el de la mortificación, el de la penitencia, el de la perfección, el de la paz. Y,

finalmente, el camino de la salvación y el camino del cielo.

¿Dos caminos, uno, siete? ¿Cuántos caminos? Da exactamente igual. Los que ustedes quieran. Pero una cosa es cierta, que el fondo de todos los caminos se halla tapizado de dificultades. Que en modo alguno se puede caminar por ellos sin sufrimiento, sin dolor, sin mortificación y penitencia, sin abnegación, es decir, sin negarse a sí mismo, sin tomar cada día la cruz y seguir a Cristo. Que así lo aseguró el Señor. El único camino que nombra el Padre Luis, y que aparentemente se ve exento de fatiga, es el camino de la perdición. Pero, lamentablemente, conduce al barrio de abajo.

El clásico dejó escrito: *Nada grande se hace sin esfuerzo y sin empeño*. Y tenía toda la razón. Aun en lo humano nada grande se hace sin esfuerzo. El Quijote, entre sus muchas sentencias, acuñó la siguiente: *Nadie es más que otro si no hace más que otro*. Y la Biblia: *Es preciso pasar muchas tribulaciones para entrar en el Reino de los Cielos*.

El Venerable P. Luis Amigó, en su pedagogía con los chicos de reforma achaca el extravío de éstos a haber perdido el camino: Son chicos — dice— alejados del camino de la verdad y de la

virtud. Son jóvenes desviados del camino del bien. Y, para su recuperación, él mismo se propone iluminar el camino de la vida de su grey, e ir delante por el camino de la abnegación y del ejemplo.

Por otra parte los formadores, sobre todo los Maestros de Novicios, deberán ser alumbrados en el camino de la virtud, ya que toda virtud —y la etimología de la palabra así lo exige— requiere virilidad. Y sabía muy bien el dicho: *Si tú quieres conmoverme, llora antes conmigo*.

Santa Teresa escribe este poemita: “En la cruz está la vida / y el consuelo, /y ella sola es el camino / para el cielo”. Es el ritornelo de su poema: *En la cruz está la vida*.

Y don Lorenzo Scupoli escribió su libro *El Combate Espiritual* para animar a los cristianos a la batalla, en tiempos gloriosos en que no escaseaban éstas. Y fue uno de los libros que mayormente influyó en la formación del Venerable Padre Luis. La vida del hombre sobre la tierra es milicia, decía el santo Job. Y, “Los días del hombre sobre la tierra son un tormento, son días de duro trabajo”.

Y, concluimos el *Camino Real de la Santa Cruz*, con una célebre quintilla que gustaba recitar al Venerable Luis Amigó: “Sin cruz no

hay gloria ninguna, / ni con cruz eterno llanto,
/ santidad y cruz es una. / No hay cruz que no
tenga santo, / ni santo sin cruz alguna”.

El Camino Real de la Santa Cruz es el camino angosto que conduce a la puerta estrecha y la vía más segura para el cielo. Por eso cierto autor decía: “Si llegas a un cruce de caminos, y estás perplejo por saber cuál de ellos seguir, elige el más escabroso, y no te arrepentirás”. Seguro, es el *Camino Real de la Santa Cruz* y el camino del cielo.

28. LUIS AMIGÓ Y LA FAMILIA

Si nos atenemos a su etimología, la familia es un grupo de gentes que vive en una casa bajo la autoridad del señor de la misma. Sería la clásica familia patriarcal.

Por otro lado da la impresión de que a la familia, más que los ligámenes de carne y sangre, la aglutina las necesidades de subsistencia. De hecho las familias numerosas abundan en naciones en que se hace difícil la subsistencia, mientras que en naciones de progreso las familias se ven reducidas al mínimo.

Teniendo presentes estas dos premisas, nos puede resultar desfasado, y hasta un tanto anacrónico, el concepto de familia de Luis Amigó. De todos modos siempre tiene sus puntos de vista que pueden resultar interesantes hoy.

Es un hecho que actualmente en España se disuelven más matrimonios de los que se contraen. Y resulta un tanto extraño que el seno materno, que por naturaleza y finalidad primera

está orientado a la transmisión de la vida, resulte el lugar más peligroso para demasiados humanos que luchan por transitar por este mundo. E igualmente resulta sorprendente que en la actualidad se puedan dar tantas clases de matrimonios cuantos son los accidentes del nombre o sustantivo, confundiendo accidente fisiológico y gramatical. ¡Y de esto nadie se escandaliza ya! De ahí que hoy hablemos y clamemos por más respeto a la vida y por un mayor respeto a la familia.

Luis Amigó, en su afán por iluminar el sacramento del matrimonio, escribe, siguiendo los parámetros bíblicos: “Este Sacramento, pues, grande como le llama el Apóstol, represente la unión de Cristo con su Iglesia”.

Partiendo, pues, de esta definición descriptiva del Sacramento, Luis Amigó reflexiona sobre sus notas características: el amor mutuo de los esposos, la unidad de la familia, la indisolubilidad del matrimonio y la procreación o apertura a la vida.

Distribuye luego las competencias de los diversos miembros de la familia: “Si al hombre se le considera como el rey de la familia, reina de ella lo es también la mujer, si bien con la debida dependencia de su marido. Si el hombre

es la cabeza de este cuerpo social, desempeña en él la madre las funciones del corazón, siendo la auxiliar y consuelo de su marido y el amparo y protección de sus hijos”.

Más adelante el Venerable Padre Luis habla de los deberes o de la misión del padre, la misión de la madre y las obligaciones de los hijos.

El padre —dice— es la autoridad y realeza de la familia. La madre es el amor y la comprensión. El padre debe ser modesto, virtuoso, fiel, trabajador y amante de la familia. La madre, humilde, obediente, retirada, hacendosa y casta. Y a los hijos pide obediencia, respeto y sumisión.

Evidentemente, esta presentación de la familia patriarcal, no se compadece demasiado bien con la familia actual en la que, sobre la idea vertical de la familia, priva una idea de máxima libertad, respeto y autonomía de la persona.

El Venerable Padre Luis concluye con la figura de la Sagrada Familia como modelo de identidad para las familias cristianas de la época: “Si los individuos que componen las familias cumplieren fielmente los respectivos deberes que el Señor les impone, fijando para ello su mirada en la familia divina de Nazaret, modelo que les

presenta para su imitación, ¡qué dicha, qué paz y qué felicidad se gozarían en el mundo!”

Y concluye: “Fijad todos bien la vista en el modelo que el Padre Eterno nos presenta a todos en la Sagrada Familia de Nazaret para su imitación. Los jóvenes aprended del Niño Jesús la sumisión y obediencia con que se sujetó a María y a José. Las madres imitad de la Santísima Virgen su recogimiento, laboriosidad i omnímoda dependencia del Patriarca San José. Y vosotros, padres de familia, seguid las huellas del Santo Patriarca en su desvelo y solicitud paternal para cumplir la altísima misión que el Señor le confiara como jefe de la Sagrada Familia”.

29. LA CATEQUESIS

Cuando Su Santidad Pío X accede al trono pontificio toma por lema de su ministerio apostólica el texto paulino *Instaurare omnia in Christo*, es decir, *renovar todas las cosas en Cristo*. Para ello se propone facilitar el acceso a la Eucaristía, avivar la predicación sagrada, dar mayor realce al canto litúrgico y, por supuesto, promover la catequesis o enseñanza del Catecismo.

Luis Amigó, por franciscano y capuchino, siempre obediente y reverente al Señor Papa, se propone asimismo, como es natural, poner en práctica las directrices pontificias. Especialmente mediante sus exhortaciones pastorales. Por esto, y por lo que a la catequesis se refiere, escribe dos circulares y tres exhortaciones pastorales.

Apenas entrado en Solsona, y en su exhortación sobre la *Enseñanza del Catecismo*, escribe a sus feligreses del Principado: “La enseñanza

de la doctrina cristiana es, amados hijos, la más excelente de las obras a que podéis dedicaros para gloria de Dios, bien del prójimo y de la sociedad, y a la que con gran encarecimiento os estimula este vuestro Prelado”.

Siguiendo el camino trazado por Pío X, escribe a sus diocesanos de Segorbe lo que pudiéramos considerar como variaciones sobre el mismo tema: “La predicación y enseñanza de la doctrina de Jesucristo que se contiene en el Catecismo es, sin duda, la más excelente e importante de todas las obras que podemos hacer, religiosa y socialmente considerada”.

Más adelante, y precisamente en la circular que escribe en 1923 para acompañar la exhortación pastoral sobre el *Ministerio Apostólico*, precisa: “Entre todos los géneros de predicación, el más excelente, el más importante y el más necesario es, sin duda alguna, la catequesis o enseñanza del catecismo”.

E insiste una vez más, y con las mismas palabras del Papa: “No lo decimos Nos, es el Vicario de Cristo, Pío X, quien predicó estas palabras: “La obra del Catecismo es la más excelente a que podamos dedicarnos: mejor que predicar y confesar y dar misiones, y enseñar en el Seminario y otros ministerios”.

Es un hecho, y las exhortaciones pastorales son buena prueba de ello, que cuanto de bueno dirige a sus parroquianos, luego, y con la debida proporción, lo dirige a sus hijas e hijos espirituales para el mejor desempeño de su ministerio y viceversa.

Luis Amigó, ya en el lejano año de 1892, y dirigiéndose a los hermanos coadjutores, que eran quienes debían impartir la catequesis en las escuelitas parroquiales, entre ellas las escuelas de reforma, ordenaba: “A la ordenación relativa a la instrucción de los Hermanos Coadjutores debo añadir que procure trabajarse mucho esta instrucción sobre la doctrina cristiana y la urbanidad religiosa”.

Por lo demás, y como se puede observar por lo arriba expuesto, el Padre Luis Amigó suele unir con frecuencia predicación sagrada y catequesis, pues ambas se dirigen hacia el mismo fin, y ambas recogen el pensamiento de Su Santidad Pío X. Ahora bien, por franciscano y capuchino, y siguiendo las huellas del Seráfico Padre San Francisco, aconseja: “Avivad vuestro celo en la predicación, venerables sacerdotes, y, a fin de que ella sea fructuosa, anunciad la palabra divina con unción y fervor, con sencillez y sin figuras retóricas”.

Y aconseja: “Poned en práctica lo que manda en su Regla el Seráfico Padre San Francisco a sus hijos: Predicad los vicios y las virtudes, las penas y la gloria con brevedad de lenguaje; porque la palabra abreviada la hizo el Señor sobre la tierra”, que así se lo aconsejó ya san Pablo a los Romanos.

Por lo demás Luis Amigó, como hemos visto, ya dejó escrito a sus hijos: “Procure trabajarse mucho sobre la Catequesis o Doctrina Cristiana”.

30. LUIS AMIGÓ EN LA PESTE DE 1885

Uno de los hechos más impresionantes en la vida de nuestro Venerable Padre Luis Amigó —y al que dedica él varias páginas en su Autobiografía (*cf. L. Amigó, OC 81-88*)— es, sin duda alguna, la peste del cólera de 1885 en Masamagrell, Valencia.

La peste se incubaba en Alicante y sube por la Ribera y la Huerta, dejando a su paso muerte, desolación y lágrimas. En Alzira se lleva por delante una cuarta parte de su población. Y llega también a Masamagrell, en que la mayoría de los fallecidos aquel año lo fueron a causa de la peste. Se calcula que dicho año murieron por el cólera, o la peste negra, cien mil españoles, veinte mil de los cuales en la Comunidad Valenciana.

Las Constituciones de los Capuchinos dicen textualmente: “En tiempos de peste los hermanos se prestarán gozosamente a servir a los apestados”. El Padre Luis y también sus her-

manos de La Magdalena, en Masamagrell, se prestan a este servicio caritativo. Y asimismo sus hijas, las Terciarias Capuchinas. “Pues, como todas ellas estaban animadas de tan buen espíritu, no hubo alguna que no se ofreciese al sacrificio”.

La peste del cólera de 1885 se cobra la vida de cuatro capuchinos y otras cuatro hermanas. También el Padre Luis enferma de la peste, pero, gracias a Dios, como el padre Cristóforo de *I Promesi Sposi*, del Manzoni, logra recuperarse y seguir en la brecha. Y, sin duda alguna, también él se desvela por los apestados. La peste del cólera será determinante en la misión a que destina a sus Religiosas Terciarias Capuchinas.

Según afirma el Manzoni en *I Promessi Sposi*, durante la peste de Milán de 1630 —en que la ciudad queda reducida apenas a 64.000 habitantes de los 250.000 que contaba con anterioridad a la peste— los capuchinos se hacen cargo de los seis mil recogidos en el Lazareto. En él ejercen de superintendentes, confesores, administradores, enfermeros, cocineros, roperos y todo lo demás que ocurriese.

Del P. Cristóforo y sus capuchinos, muchos de los cuales mueren contagiados, hace

Manzoni el siguiente elogio: “Observar a estos capuchinos soportar una carga tal y con tanto valor es al mismo tiempo una prueba nada despreciable de la fuerza y de la habilidad que la caridad puede dar en todo tiempo y en cualquier orden de cosas.

Y es algo bello el haber aceptado el encargo del Lazareto sin otra razón que el no hallar quien lo aceptase, sin otra finalidad que la de servir, y sin otra esperanza en este mundo que la de una muerte segura, más envidiable que envidiada.

Y es bello el hecho mismo de ofrecérseles a ellos el encargo, sólo porque era difícil y peligroso y se suponía que el vigor y la sangre fría, tan necesarios y raros en aquellos momentos, en ellos se suponía.

Por esto los hermanos capuchinos son merecedores a que nos acordemos solidariamente de su obra y de su corazón, con ternura y con aquella gratitud que les es debida por los grandes servicios prestados, de hombres a hombres, y más todavía debido a aquéllos que no se lo han propuesto como recompensa.

Que si dichos Padres no hubieran estado allí presentes, dice el Tadino, de seguro que hubie-

ra sido aniquilada toda la ciudad” (*I Promessi Sposi*, cp. 31).

Tal elogio se le pudiera otorgar asimismo, sin dificultad y con la debida proporción, a nuestro Venerable Padre Luis Amigó y a sus hermanos e hijas espirituales en la peste de 1885. Y también a todos cuantos, libre y generosamente, entregan sus vidas por los demás. Pues viven la vida teologal de modo heroico, ya que tienen la fe de que, a cuantos gozan de una muerte santa, se les destina a una recompensa magnífica. Esperan contra toda esperanza en otra vida mejor. Y su caridad les lleva, incluso, a ofrecerse en holocausto por sus hermanos.

31. EL APOSTOLADO SEGLAR

Seguramente que la intuición más brillante que tuvo Luis Amigó fue el dedicar los mejores años de su vida religiosa al apostolado seglar y con los seglares. Apenas es ordenado sacerdote establece ya dos congregaciones en la Montaña de Cantabria, una de Hijas de María, para las jóvenes, y otra de Luises, para los chicos. Y, en seguida, pasa a la Huerta Valenciana, visitando y reorganizando las antiguas congregaciones que entonces pertenecían al distrito del convento de la Magdalena, en Masamagrell, por no haber otro convento de su Orden en todo el Reino de Valencia.

No sé si el P. Luis Amigó tenía claro que los laicos, en virtud de su condición bautismal y de su específica vocación, son llamados a la santidad y participan en el oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, y cada cual según su propio estado y carisma. Lo que sí creo que tenía muy

claro es que, luego de más de cuarenta años de exclaustración, únicamente los seglares podían reavivar los escasos rescoldos que quedaban de fe y religión en la España rural.

El hecho es que, nombrado Comisario el Padre Luis Amigó, en el escaso tiempo de diez años consigue que los seglares comprometidos dependientes del convento de La Magdalena, en Masamagrell (Valencia), rebasen ya el número de 6.450.

El progreso, siempre creciente, de la Tercera Orden secular y el deseo de mayor perfección de algunas almas lleva a algunos de ellos a constituir una congregación religiosa femenina, las HH. Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, primero, y luego otra masculina, los RR. Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Ambas congregaciones harían que su apostolado seglar quedara, por una parte, más consolidado y, por otra, mucho más directo hacia los más necesitados, como eran los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien.

Ambas congregaciones, sin duda, han llevado el espíritu de Luis Amigó a los seglares a la universalidad. Es, sin duda alguna, la obra que mayormente pone de relieve la figura de Luis

Amigó y de la que sin duda él se siente más halagado. Fr. Serafín M^a de Ayelo asegura: “Yo sé que la primera idea del P. Luis era fundar una Congregación de religiosos que se dedicara a la *enseñanza del Catecismo*”.

Ya de obispo, en diversas circunstancias, hace el elogio del apostolado seglar. ¡Ah, eso sí! Siempre desde esa perspectiva primera de devolver la oveja descarriada al aprisco del Buen Pastor, misión que encomendó a sus religiosos.

“El Señor nos eligió entre millares, e invistió de la misma autoridad que a los Apóstoles, escribe, para que, cual pastores solícitos, corriésemos en pos de la oveja descarriada, hasta conducirla al aprisco y la apartásemos de los envenenados pastos que le presentan sus enemigos”.

Y en otra ocasión: “Nuestro principal trabajo ha de consistir en volver al aprisco del Divino Pastor a tantas almas cristianas que de Él viven apartadas”, palabras que luego, en su última voluntad o carta testamento, dirigirá a sus hijas e hijos espirituales para el ejercicio de su apostolado.

Por lo demás, en esta su idea del apostolado seglar, invita a su clero a servirse de los segla-

res para la enseñanza del Catecismo o Doctrina Cristiana: “Conviene que os ayudéis de los seglares de uno y otro sexo pertenecientes a las asociaciones establecidas en vuestras iglesias”.

E invita asimismo a aunar esfuerzos con los seglares en el ministerio apostólico: “Hemos de aunar todos nuestros esfuerzos, así los sacerdotes como los seglares, hombres y mujeres, pues que todos hemos de ser apóstoles de la fe que profesamos en el Santo Bautismo”.

“Tened entendido que hoy el apostolado seglar es de suma importancia, sobre todo en países católicos porque, amortiguada la fe de los fieles, se fijan más en el ejemplo de los seglares y se escuchan con mayor atención sus exhortaciones que las de los sacerdotes, dice.

Si todos, hombres y mujeres, en virtud de nuestra condición bautismal, hemos sido llamados a la santidad; todos igualmente, hombres y mujeres también, hemos sido llamados a predicar y testificar con palabras y obras nuestra fe, es decir, a cooperar en el llamado apostolado seglar.

32. EL SACERDOCIO MINISTERIAL

“**D**esde niño me dio el Señor inclinación al sacerdocio, por lo que mis juegos eran de ordinario hacer altares, decir misas y celebrar fiestas, costumbre que tuve hasta bien mayor”, confiesa el Venerable Padre Luis en su *Autobiografía*.

Desde luego ya desde sus primeros años Luis Amigó manifiesta un gran aprecio del sacerdocio ministerial y un gran respeto a quienes lo ejercitan, los sacerdotes. De todas las maneras seguramente que acentuó este respeto, honor y veneración a los sacerdotes el hecho de ser luego hermano menor capuchino.

Seguramente que Luis Amigó conocía muy bien lo que relata el bueno del *Anónimo de Perusa* cuando asegura que los hermanos, cuando se desplazan por la llanura de Asís, por las montañas de la Umbría, o por la provincia de Francia, “doquiera encuentran un sacerdote, fuese rico o pobre, digno o indigno, se inclinan y

lo saludan reverentemente, como les ha enseñado el bienaventurado Francisco”.

Al bienaventurado Francisco le gustaba llamar a los sacerdotes *mis señores*, tanto que hubiera saludado antes, según él decía, a un sacerdote que a un santo.

Esta misma actitud reverente y piadosa quiere inculcar Luis Amigó en sus diocesanos de Segorbe cuando les escribe: “Debe ser, pues, grande, amados hijos, vuestro afecto, veneración y obediencia a los ministros del Señor que, en cumplimiento de su altísima misión, velan y procuran vuestra salvación eterna. Lo que cumpliréis amándoles como a padres y obediéndoles en todo cual hijos sumisos”.

Dentro asimismo de ese clima de espiritualidad franciscana Luis Amigó considera que al sacerdocio ministerial, no sólo es necesario prestarle veneración y respeto, sino también sumisión y obediencia filial. Así se lo escribe a sus diocesanos de Segorbe ya casi al final de sus días: “Pero no sólo es veneración y respeto, amados hijos, lo que merecen y se debe a los sacerdotes, ministros y representantes de la Autoridad de nuestro divino Redentor, sino que los fieles consiguientemente deben tributarles sumisión y obediencia filial”.

Pero este consejo franciscano sube de tono cuando lo refiere a la veneración y respeto a los obispos, que rigen las diócesis desde la cúpula del sacerdocio ministerial: “Debéis profesar, amados hijos, escribe a sus diocesanos, suma veneración y respeto a los prelados que en cualquier tiempo os rijan y gobiernen, haciendo abstracción de su cualidades personales, pues es Dios quien los envía”.

Elegido Obispo Administrado Apostólico de Solsona y, apenas hecho su ingreso en la capital de la diócesis del Principado, escribe a Su Santidad Pío X. Y lo hace con ese talante de verdadero hermano menor, como en su día lo hizo el Seráfico Padre San Francisco y sus Compañeros, en Roma: “Fui recibido en Solsona —dice— con inusitada pompa y grandes demostraciones de entusiasmo. Por todo ello bendigo al señor. Y protestando de nuevo a los pies de V. Santidad la veneración, respeto y obediencia y sumisión a esa Sagrada Cátedra, pido humildemente a V. Santidad me bendiga”.

Desde luego, y según el testimonio de quienes mejor conocieron al Venerable Luis Amigó, en su vida como religioso, pero muy especialmente en su etapa de obispo residencial, se mostró como un buen pastor, amante del ministerio sacerdotal, al servicio de la palabra, de la

catequesis y de los sacramentos, a la vez que manifestó un extraordinario amor por el seminario y el esplendor de la liturgia en la catedral.

“Verle celebrar era, según la Hna. Angélica de Almoines, la mejor meditación que podíamos hacer”.

33. EL ÚLTIMO RECODO DEL CAMINO

El último tramo de la vida es, sin duda alguna, el tramo del ocaso en el que se avistan ya las amables riberas de la eternidad. Es, desde el último recodo del camino, de donde se divisan ya los torreones de la inmortal Sión. Y a él se llega ya uno con el cansancio de la vejez. El tiempo se encalma. Y el río de la vida se ensancha y adquiere la serenidad, sosiego y lentitud de lo eterno.

También Luis Amigó llega a esta etapa de la vida con la serenidad y la placidez de lo eterno. Pero, desde el último recodo del camino, es preciso recorrer en solitario el tramo que separa de la meta, escasos de pertenencias, como los hijos de la mar, con la ineludible soledad de los buenos corredores de fondo, como los ríos se anadan en el mar, en las aguas infinitas de la misericordia divina.

En 1923 fallecen su hermana y su cuñado. El Padre Luis sufre el desapropio franciscano

capuchino. Y en 1925 se decide dejar por escrito su última voluntad, es decir, su testamento. En él se deshace de los pequeños objetos de carácter sentimental, a los que puede estar todavía algo apegado su corazón. “Qué más da que el alma esté sujeta con maromas o con pequeños hilos de seda, si no le dejan volar”, escribe Santa Teresa. Y él está dispuesto ya a volar hacia las religiones de la luz y de la paz.

En 1926 una enfermedad de uremia lo tiene amarrado a lecho del dolor por más de un mes. Es la prueba última en que ya puede experimentar la dolorosa partida.

Para 1932 ya hace años que el Venerable P. Luis camina en solitario. Es el año en que de Roma le envían un visitador para ver cómo camina el Seminario de Segorbe. Se trata de una visita a todos los seminarios españoles tramada por Su Santidad Pío XI que trata de revitalizar la Iglesia avivando la vida sacerdotal en España.

El Visitador recuerda la gratísima impresión que a él le hace el Venerable Obispo Amigó — estando ya muy enfermo— de piedad y de bondad, y la emoción, con lágrimas en los ojos, al contarle que no puede dar de comer a sus sacerdotes.

Son los años duros de la II República en los que, aparte haberle confiscado el Gobierno parte de los bienes pertenecientes a su obispado, le ha suprimido la subvención al culto y clero. Para tratar de remediar en lo posible tal desaguisado el Venerable Obispo Luis Amigó dobla la ofrenda de los estipendios de misas, pasando los sacerdotes a percibir por la ofrenda de la misa dos pesetas. ¡Pero no hay nada que hacer!

En este trance escribe al Sr. Arzobispo de Tarragona, el primado de España, y le propone su idea de que los canónigos sirvan al coro seis meses y los otros seis se vayan a sus casas. Pero reconoce humildemente que no es ésta solución, sino sólo el deseo de hallar modo de que puedan subsistir.

El último tramo de la vida es, sin duda alguna, como he dicho, el tramo del ocaso en el que ya se avistan las riberas de la eternidad, el alma es escasa en posesiones y el ritmo de la vida se vuelve lento y pausado.

En esta situación todavía en el mismo año 1932 escribe al señor Nuncio de España contándole que él mismo ha de confesar a S.E. que no sabe cómo atender a las necesidades de su casa, pues, como pobre que es de profesión reli-

giosa, no ha pensado nunca en el día de mañana. Así es que habrá de vivir —escribe amargamente— a expensas de su familia, que se le ha ofrecido en un todo. Y en estrecheces pasa el año 1933.

Desnudo salí del seno materno y desnudo vuelvo al seno de la tierra. Dios me lo dio, Dios me lo quitó. ¡Bendito sea su santo nombre!, decía el desventurado Job.

Pero al año siguiente, el 1934, cuando llegan los días dorados del otoño, el alma ya totalmente en sazón, en la época de las lluvias tardías, partirá senderillo arriba, hacia las hermosas regiones de la patria nueva, hacia la gran patria de los bienaventurados, las gozosas regiones eternas de la luz y de la paz.

34. HOMBRE DE EXQUISITA PRUDENCIA

Hombre de exquisita prudencia y muy equilibrado. Con estas palabras delinean, en general, sus mejores conocedores la silueta espiritual de Luis Amigó.

Hombre de exquisita prudencia, asegura la Hna. Genoveva M^a de Valencia. Y don Romualdo Amigó, su familiar, repite asimismo que el Sr. Obispo era de exquisita prudencia. Y por varón de exquisita prudencia y gran tino lo tiene asimismo don Francisco Mateo, natural y cura párroco de Soneja, Castellón.

El padre Luis M^a de Orihuela precisa todavía más. Mons. Luis Amigó “fue un hombre ecuánime, de buen juicio, muy ponderado en sus decisiones y con un absoluto dominio de su carácter”. Y don José María Roche, como retrato realizado a plumilla, lo diseña así: “Un hombre ecuánime, sereno, nada pronto en sus decisiones, todo en él manifestaba esa ecuanimi-

midad que es propia de los que tienen dominio de sí mismos”.

Hombre ecuánime, de buen juicio, ponderado, sereno, equilibrado... esa pudiera ser la silueta espiritual del Venerable Padre Luis Amigó, como digo.

Cuando los monjes de la Abadía de le Frattocchie, situada en las inmediaciones de Castelgandolfo, regalan a Pablo VI una preciosa copia de su famosa *Virgen Santa María del Equilibrio*, Su Santidad comenta, no exento de una chispita de socarronería: *Verdaderamente esto es lo que se requiere hoy.*

Evidentemente Pablo VI, con su reflexión, se refería a la prudencia; al equilibrio, de *equus*, caballo; al *bon seny* al buen sentido catalán; a la ponderación, de *pondus*, grave, circunspecto, de calidad personal; en una palabra, a esa mezcla de seriedad, prudencia y equilibrio, ponderación, sentido común y don de consejo propio y característico de personas ancianas y bien formadas. Es decir, dotadas de exquisita prudencia.

Los señores párrocos de Solsona tenían a su obispo como hombre ecuánime, reflexivo y prudente, según el célebre capuchino padre Atanasio de Palafrugell.

Otros varios testigos precisan que Mons. Luis Amigó fue un hombre ecuánime y muy equilibrado, que su equilibrio era perfecto, adjetivos todos ellos que califican al Obispo Amigó de varón equilibrado, de igualdad de ánimo siempre, imparcial, es decir, de admirable ecuanimidad, como dice el cordimariano padre Manuel Mascaró.

La ecuanimidad, lo mismo que la equis, por su ascendencia etimológica, ya de por sí exigen equilibrio, igualdad de las partes, imparcialidad... para no ladearse y caer de lado, bien por carta de más, bien por carta de menos.

Por lo demás, y refiriéndonos ya sólo a hechos bien contrastables, Luis Amigó, en las grandes situaciones de su vida, fue un dechado de exquisita prudencia: En primer lugar podemos afirmar que durante toda su vida, dentro de la Orden, y luego en su ministerio pastoral, desempeño ininterrumpidamente cargos de responsabilidad.

Por otro lado en las grandes decisiones de su vida, como su ingreso en religión, sus fundaciones de la Orden Tercera, la fundación de sus congregaciones religiosas... acude a Dios, en la oración, y pide consejo a personas respetables y provecas.

De una exquisita prudencia se muestra asimismo Luis Amigó en no romper nunca con su orden capuchina. Tres veces pide sumisamente ir a convivir con sus Terciarios y por tres veces le fue denegada la autorización, que él acata con obediencia franciscana. Incluso jamás permite que sus Religiosos Terciarios lo solicitasen de Roma.

Finalmente prudencia exquisita demuestra en las extrañas intervenciones de otros en sus religiosas, de las que estuvo alejado algún tiempo (creí más prudente retraerme en lo sucesivo de su dirección, dice). Y de sus religiosos, de los que también se ve apartado por ocho largos años (y no por esto decayó en lo más mínimo mi interés por la Congregación, que quiso el Señor fundar por mi ministerio).

35. ELOGIO DEL SILENCIO

Las grandes obras del género humano, y las de la naturaleza también, las consideradas obras inmortales, se han engendrado siempre en el silencio y se han ejecutado a ritmo lento y continuado, a veces a través de los siglos. Nada grande se ha realizado sin reflexión y silencio y, por supuesto, sin tenacidad nada inmortal se ha conseguido realizar.

Pablo VI, en su visita a Nazaret, coloca como base de esa pequeña escuela monástica del evangelio, de ese sencillo seminario familiar, el silencio, la meditación y el trabajo. Es el silencio, meditación y trabajo de los monjes de todos los tiempos. Es el silencio, meditación y trabajo de las grandes obras de filigrana realizadas por deliciosos miniaturistas medievales.

Hoy vivimos del ruido y en el ruido, del vértigo y en el vértigo, y así no se pueden realizar obras grandes, inmortales, eternas.

El Venerable Padre Luis Amigó sintió siempre gusto por el silencio cartujano. Y en sus numerosas visitas a sus hijos en el conventito alcan-
tarino de Torrent, sentía verdadero gusto en pasear por el claustro fresco y porticado del monasterio. Más de una vez leería seguramente el tercerillo allí colocado por algún monje, tal vez el P. Panes: “Si quieres en esta vida /vivir en paz y sosiego / hazte el sordo, mudo y ciego”.

Seguramente que el Padre Luis no aprendió su amor al silencio del Seráfico Padre San Francisco quien, sobre el silencio eremítico coloca la fraternidad del hermano menor. Sin embargo la reforma capuchina del hermano menor de vida eremítica, tiende al silencio contemplativo. Y más probable aún es que lo aprendiera del libro *De la Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis. O, en todo caso, del *Combate Espiritual*, de Lorenzo Scuppoli, libros ambos de corte monástico y de obligada lectura en los conventos capuchinos de la reforma.

Sea como fuere, yo me atrevería a afirmar que el silencio forma parte integrante de la espiritualidad de Luis Amigó, dada la machacona insistencia con que lo recuerdan sus mejores conocedores.

Don Salvador Escorihuela asegura que Luis Amigó, su tío, hablaba poco y pensaba bien. A lo que su familiar D. Romualdo Amigó se tiene a precisar “y, por lo mismo decía lo que tenía que decir”. Y la M. Manuela de Almoines: “Hablabo poco y con mucho tino al dar sus opiniones”.

Su mirar dulce, su rostro suave, su palabra contenida... le hacían persona amable y atenta a escuchar a los demás, a quienes respondía con su voz agradable. Para el capuchino P. Atanasio de Palafrugell era un hombre de gran recato en sus sentidos, modesto en el hablar, ecuánime y siempre sereno, edificaba a cuantos le trataban”.

¡Con cuanta razón escribía Luis Amigó: “El silencio es el custodio de todas las virtudes, y sin él no podemos tener virtud alguna verdadera, pues dice el apóstol Santiago que es *vana la religión del que no sabe frenar su lengua!*”.

Sobre el silencio, especialmente por lo que se refiere a las palabras, dice el Apóstol Santiago que *quien no peca con la lengua es hombre perfecto*. A su vez el Kempis asegura que siempre es más fácil callar que hablar sin errar. “Es más sencillo encerrarse en la propia casa que controlarse convenientemente fuera de ella”.

Sin embargo el mayor elogio del silencio, creo, se debe al diestro Manolete.

Luego de una ajetreada jornada de tienta de toros en su hacienda, cansado y a la sombra de una encina o alcornoque, comenta su subalterno: *¡Qué bien se está callado!*

A lo que responde el diestro: *Pues mejor se está sin decir ná.*

Seguramente sea éste el mejor elogio jamás tributado al silencio.

36. LUIS AMIGÓ Y LOS MASS MEDIA

La mayor revolución que se está produciendo hoy, en estos comienzos del siglo XXI, es, sin duda alguna, la de los Mass Media o Medios de Comunicación Social.

El desarrollo de las nuevas tecnologías y, en su dimensión más amplia, todo el mundo digital, representan un gran recurso para la humanidad y una gran oportunidad para los creyentes, de la que no puede ser ajena la Iglesia.

Obviamente, la época en que vive Luis Amigó y el momento actual no tienen punto alguno de comparación. En aquel tiempo los Medios de Comunicación Social se encontraban aún en ciernes, reducidos a la prensa escrita y a la predicación de la Palabra.

Por otra parte la figura de Luis Amigó no es comparable, naturalmente, a la de un San Francisco de Sales, y todavía menos a la de un San Juan Bosco. Sin embargo sí que se intere-

sa ya desde joven y manifiesta un gran interés por la buena prensa.

De seminarista, con su amigo don Gregorio Gea y demás miembros de la Escuela de Cristo, recogían libros y folletos en buzones que colocaban a las puertas de las iglesias y que luego llevaban a los enfermos, en los hospitales, y a los presos, en las cárceles.

Continuando tan buena tradición, en las fundaciones de las órdenes terceras, se sirve de sus congregantes para, asimismo, recoger buena prensa y llevarla luego a los enfermos y encarcelados.

Tal es así que, con la fundación de las primeras órdenes terceras seculares funda la revista *El Mensajero Seráfico*, como órgano oficial de las terceras órdenes. Los primeros números de la revista vienen a la luz en 1883, la revista tiene una periodicidad trimestral, se compone de 24 páginas y está muy bien impresa.

Con el progreso siempre creciente y el desarrollo posterior, tanto de las órdenes terceras, como del órgano oficial de las mismas, en 1887 funda la *Asociación de Nuestra Señora de los Buenos Libros*, con residencia en la Iglesia del Cristo del Salvador, de Valencia, y en cuyo altar coloca la imagen de Nuestra Señora de los

Buenos Libros que le esculpe su buen amigo
Damián Pastor.

Poco después, y ya en su apostolado como Ministro Provincial de la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia, y como órgano oficial de la misma, funda la revista *Floreillas de San Francisco*. Se sirve, en buena parte, de su secretario y consejero provincial, el capuchino P. Melchor de Benisa.

Ya al final de sus días, y concretamente en 1931, con ocasión de recibir el primer número de la revista *Adolescens surge*, que editan sus hijos como órgano oficial de la Congregación para dar a conocer los adelantos de la psicología y pedagogía reeducativa, “envía una copiosa bendición, pidiendo al Señor hago fructífero el trabajo que se imponen para el fomento de la grande obra de la reforma de la juventud que el Señor ha encomendado a nuestra Congregación”, escribe.

Pero, sobre todo, desde el día en que, en 1916, se crea en España el llamado *Día de la Prensa Católica*, anualmente envía una carta circular apoyando precisamente a la Junta Central de la Asociación Nacional de la Buena Prensa, y que hoy denominaríamos de los Medios de Comunicación Social.

Los hechos hacen ver al Padre Luis, cada día con mayor claridad, la necesidad de fomentar la Prensa Católica, como el medio más adecuado para reparar los estragos de la Prensa impía en todos los órdenes de la vida, para lo que pide el Venerable Padre Luis oración, propaganda y colecta.

Indudablemente la reciente y amplia difusión, así como la notable influencia, de los Medios de Comunicación Social hacen cada vez más importante y útil su uso en el ministerio sacerdotal, especialmente al servicio de la Palabra.

37. EL ESCÁNDALO MÁQUINA DE GUERRA

El Venerable Luis Amigó dedica dos de sus exhortaciones pastorales al gran problema del escándalo. Y el Señor exclama: *¡Ay, del mundo por sus escándalos!* En el mundo siempre habrá escándalos, pero, *¡ay de aquel que provoca el escándalo!* Y se lamenta amargamente ante sus discípulos que le presentan a un niño.

Y es que el escándalo es una perfecta máquina de guerra sutilmente usada por los enemigos del alma, hoy; y por los ejércitos del imperio griego, antes.

Sí, sí, caro lector. Has leído bien: Una perfecta máquina de guerra.

El escándalo —del griego *scandalon*— era un artificio que usaba el imperio griego en las guerras. Consistía en una bolita de metal a la que soldaban cuatro puntas. Por lo que, cuando preveían el ataque de la caballería ligera, sembraban caminos y senderos de infinidad de

estos artilugios. Al sembrarlas, necesariamente queda siempre una de las puntas hacia arriba. Al pisar los caballos dichas puntas, naturalmente, desmontaban al caballero por delante con gran prejuicio para éste. De ahí lo de piedra de escándalo.

Hoy no nos escandalizamos ya de nada. El hombre moderno ha perdido toda su capacidad de impresión, de escandalizarse. Los *mass media* le han facilitado el ver, oír, escuchar, observar, enterarse, entusiasmarse, disfrutar... de todo y en todas partes y el interior del hombre ha quedado a la intemperie a merced de todas las pasiones, es decir, carente de interioridad, carente de vida interior.

El P. Luis Amigó, en una de sus exhortaciones pastorales, se refiere a los escándalos y malos ejemplos como provenientes del hombre, de la mujer y de los miembros de la iglesia. Respecto de los primeros escribe:

“Sí; los hombres se han separado de Dios, desprecian y conculcan su santa ley, y llegan en su osadía hasta insultarle cara a cara, blasfemando su santo nombre, con público escándalo aún de los niños, que ya imitan tan sacrílego lenguaje; y estos pecados están clamando venganza al Cielo”.

Cuando la revista *Blanco y Negro*, creo que con motivo de su 75 aniversario, edita un número extra, venía en él una de las primeras viñetas de la publicación. Paseaban madre e hija, bellamente ataviadas a la antigua usanza, falda larga, botines de media caña, de charol naturalmente, y bien abrochados. La hija, tal vez con desaliñado cuidado, se había olvidado abrochar el último de los ojales de sus botines. La madre, un tanto escandalizada, le reprocha amablemente: *¡Uy, hija! ¡No sé dónde vamos a llegar!*

Naturalmente. La madre tal vez no lo preveía, pero seguramente ya barruntaba algo hacia dónde íbamos, lo que, por demasiado evidente, no es preciso comentar hoy. El mismo Obispo Amigó escribía al respecto:

“Este frenesí de modas y de lujos que creen muchas infelices ser un medio para tomar estado sirve sólo para el mal y es contraproducente, pues cada día se ven disminuir más los matrimonios, pues los jóvenes reflexionan y se hacen cargo de que no es posible soportar los gastos que esto supone”.

Hoy el mundo se rasga las vestiduras por los escándalos y malos ejemplos de muchos católicos, incluso de entre los sacerdotes y demás

altas jerarquías. Tampoco es esto demasiado nuevo, si bien los motivos del escándalo sean diferentes que en tiempos del Venerable Padre Luis Amigó, quien escribe: “Los mayores males que han afligido en todo tiempo a la Iglesia le vinieron, asimismo, de los escándalos dados por sus malos hijos”. Y hace referencia a Arrio, Lutero, Calvino y otros que tantas almas perdieron y perderán hasta el final de los siglos.

¡Ay, del mundo por sus escándalos!, clama el Evangelio. Y concluye el Padre Luis Amigó: “Comprendiendo la gravedad que en sí encierra el pecado de escándalo, la injuria que con él se hace a Dios y sus funestas consecuencias en las almas, arrepintámonos de veras del que hayamos podido dar y procuremos en lo sucesivo ser modelos y ejemplares de virtud”.

38. ¿IMITACIÓN DE CRISTO O SEGUIMIENTO?

La esencia de la vida religiosa es la imitación o seguimiento de Cristo. De todas las maneras, y conforme las diversas épocas históricas lo requerían, se ha acentuado más una u otra forma o modalidad. El mismo San Agustín, el más brillante y fecundo de los Santos Padres de la Iglesia Latina, se pregunta en cierta ocasión: “¿Qué es, pues, seguimiento sino imitación?”

En el Nuevo Testamento Cristo propende más por el seguimiento —quien quiera venir en pos de Mí niéguese a sí mismo. En cambio la teología de Pablo tiende más a la imitación —“sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”—. En todo caso las diferencias, si es que las hubiera, tan sólo pueden ser de perspectiva o detalle.

La idea de seguimiento, es verdad, ofrece unas connotaciones de corte más dinámico y comunitario. En cambio, la idea de imitación muestra unas connotaciones más bien estáti-

cas, individualistas y de evidente trasfondo ascético y moral.

En los albores del cristianismo se comenzó acentuando la idea de imitación. La era de los mártires no es sino la imitación de los últimos momentos del Mártir del Calvario. En cambio en la Edad Media se acentúa más la idea de seguimiento, especialmente en toda la teología de la escuela franciscana.

Posteriormente, en la Baja Edad Media, se vuelve otra vez a la idea de imitación —*De la Imitación de Cristo, de Kempis*—. Se trata de un intento, no sé si acertado o no, de retornar a una espiritualidad más de imitación, de silencio, de soledad, de concentración; a una espiritualidad de un mayor desapego del mundo, de encuentro sincero con el Señor en lo profundo del alma. Yo diría que se trata de una espiritualidad de repliegue.

Posiblemente el mismo contexto histórico religioso de la época empujase en esa dirección. Se daba un desequilibrio entre fe y razón. Se daba un distanciamiento entre ciencia y creencia. Había una inflación de lo intelectual y especulativo en detrimento de la fe. Y, como reacción, se propende, no digo tanto a entender cuanto a vivir, y vivir en fe y fidelidad. Entre los

católicos, al menos, se da supremacía de la voluntad sobre la inteligencia y la razón. Y se prefiere el camino llano y sencillo al intrincado y tortuoso. En una palabra, que tiene mejor cartel el monje y el asceta que no el teólogo.

El libro *De la Imitación de Cristo*, de don Tomás de Kempis, y *El Combate Espiritual*, de don Lorenzo Scúppoli, fueron libros de obligada lectura que formaron a numerosas generaciones de monjes y religiosos, y entre ellos a los capuchinos, como anteriormente dije. La minoridad, la negación de sí mismo, el desapropio y la pobreza como ascética presentan unas connotaciones de que carecía, ciertamente, la amable espiritualidad del desprendimiento, la alegría y la libertad interior de la espiritualidad franciscana.

En Luis Amigó, ¿qué espiritualidad prevalece? ¿La de imitación o seguimiento?

Desde luego la espiritualidad que recibe el Luis Amigó, y que trata de transmitir a sus hijos espirituales, no fue una espiritualidad que ayudase demasiado a iluminar vidas activas, que tienden a llenarse de ruidos y palabras, de imágenes y de sonidos, en un mundo que propende más a la dispersión que no a la interioridad, a

la exhibición más que al recogimiento,... a la exposición más que a la vida interior.

En cierto modo el consejo que da el bueno de Luis Amigó ya lo califica: “Por imitar a Jesucristo quisieron los santos vivir ocultos y aún despreciados del mundo; reputaron por basura las riquezas terrenales; amaron la soledad, el silencio y el retiro”.

De todos modos la espiritualidad del seguimiento o de la imitación de Cristo constituye uno de los caracteres de nuestra propia espiritualidad si bien, en cada época y en cada circunstancia histórica se ha de acompañar la imitación y el seguimiento de Cristo al paso de la gracia y del caminar del Maestro.

39. DEL CAOS AL COSMOS

Decían los antiguos griegos que en el principio era el xáos, el desorden. Luego los dioses ponen orden y hacen el cosmos, es decir, lo ordenado, lo bello, lo cósmico, que de la misma raíz procede. ¿No se define la belleza como el esplendor del orden?

Los latinos tradujeron el xáos, por caos, y el cosmos por mundo. De ahí que lo mundo sea lo limpio, lo bello, lo impoluto, mientras que lo inmundo es lo desordenado, sucio y caótico. Por eso las inmundicias constituyen lo que es preciso tirar a la basura (versura) lo que hay que verter al vertedero.

Seguramente que el Venerable Padre Luis conocía muy bien la etimología de las palabras, pues era hijo y sobrino de abogados y recibió una educación muy buena, en letras y en clásicas, especialmente durante los años que frecuentó el Seminario Conciliar de Valencia donde estudia bachillerato, filosofía y teología. Su

buen padre, don Juan Gaspar, recitaba poemas enteros de la Iliada en su idioma original.

La educación familiar y social indudablemente le hace un hombre de orden, ordenado, organizado, disciplinado. Pues una buena formación amplía enormemente el campo de visión de la historia y la visual de perspectiva de futuro. Esto le hace ser previsor, precavido, providente.

Ya San Buenaventura decía en su tiempo: “Dum disciplina negligitur insolentiae crescant”. Y que, en su traducción, puede sonar poco más o menos así: Cuando se deja de lado la disciplina el mundo se torna insolente, indisciplinado, desorganizado.

El Venerable Padre Luis habla mucho de orden y concierto, orden y gobierno, orden y vida religiosa, orden y paz, cuando no de orden, justicia, moralidad y paz; orden respeto y paz. Armoniza el orden como medio e instrumento con su finalidad.

Orden y concierto cósmicos:

El Padre Luis Amigó, fiel siempre a la filosofía de corte agustiniano franciscano, habla con entusiasmo del orden y concierto cósmicos. Está muy cercano a la música de los astros, de Fr. Luis de León en su *Oda al Músico Salinas*. “Si en el Universo —dice— se observa tan admi-

orable orden y concierto en todos los seres, al que podríamos llamar paz universal, no es otra la causa que su omnímota sujeción a las leyes del Supremo Legislador que todas las cosas ha dispuesto con peso y medida”.

Y, en otra ocasión, escribe: “El Omnipotente Señor, amados hijos, al sacar de la nada todos los seres de la creación, le marcó a cada uno la misión que debía desempeñar en el plan de su Divina Providencia para el buen orden y armonía que quería que resplandeciese en el mundo”.

Y, ante la creación del hombre, no puede por menos que caer de hinojos y exclamar con el salmista: “¡Señor, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Los cielos declaran tu gloria y el firmamento anuncia las obras de tus manos”.

Orden y paz social:

La primera guerra mundial, de 1914 a 1918, incidió grandemente en el espíritu de todo hombre de bien, y muy especialmente en Su Santidad Pío XI y en el Venerable Luis Amigó. A raíz de la misma claman: ¡Paz, Paz, y no había paz! E imploran sin cesar paz, justicia y orden. Escribía Mons. Luis Amigó al respecto: “La práctica de la caridad con el prójimo haría del mundo como un cielo anticipado, reinando en él la justicia, la paz, el orden y la moralidad, que

son el fundamento del bienestar y del progreso moral y material de las naciones”.

Orden en la Congregación:

Otra de las vertientes en que más exige orden y claridad es en la vida religiosa. Para él este orden se traduce en puntualidad, cumplimiento de horarios, uniformidad. En junio de 1890 escribía a sus religiosos del convento alcantariño de Torrent, Valencia: “Depende en gran parte el buen orden y concierto de los institutos religiosos, amadísimos padres y hermanos, del celo, vigilancia y solicitud pastoral de sus Superiores”.

Finalmente el Venerable Padre Luis habla del orden ciudadano, del orden en lo económico, del orden en todo ya que por su buena formación durante toda su vida se mostró como un amante del orden, de la paz, de la tranquilidad, de la regla,... al fin y al cabo recibió estas enseñanzas de su familia, hijo y sobrino de abogados, hombres de Leyes, y en el Seminario Conciliar en que recibe una buena formación en clásicas.

40. EL PROBLEMA VOCACIONAL

Cada día resulta más difícil, en el primer mundo, la cuestión de las vocaciones. Y no poco influye en el problema vocacional la escasa fidelidad en los matrimonios, los ataques a la familia y el poco respeto a la vida, especialmente ante los nascituros.

De todas las maneras yo estoy convencido de que el Señor conserva suficientes vocaciones en la Iglesia para la vida religiosa y sacerdotal. Y, como creo que no es preciso subir hasta las fuentes del Paraíso Terrenal para beber agua, tampoco creo sea preciso ascender hasta el pequeño Samuel para hallar un modelo de proceso vocacional.

Sin embargo yo creo, con Su Santidad Benedicto XVI, que el mejor modo de atraer vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal es el buen ejemplo de quienes ya hemos dado el *sí* al Señor:

“Para promover las vocaciones específicas al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa —dice el Papa—, para hacer más vigoroso e incisivo el anuncio vocacional, es indispensable el ejemplo de todos los que ya han dicho su “sí” a Dios y al proyecto de vida que Él tiene sobre cada uno”.

En descubrir y seguir la vocación resulta un modelo interesante la amable figura de Luis Amigó. Siente muy pronto la llamada a ingresar en Religión y, ante las notorias dificultades que se lo impiden, acude a la oración y al consejo de gentes experimentadas.

En aquel entonces tenía cuatro amigos y todos deseaban ingresar en Religión. Quieren ingresar en la Cartuja. Acuden en busca de consejo al jesuita P. Llopart. Y ante la dificultad de ingresar en una cartuja española, les invita a hacerlo en los jesuitas. Pero, considerando que no era esta su vocación, ingresan en los capuchinos de Francia.

Ya religioso, y especialmente siendo obispo, anima a favorecer las vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal: “Una de las obras de caridad más gratas y aceptas a los divinos ojos es, a no dudar, amados hijos —dice—, la que tiene por objeto favorecer la vocación de los jóvenes”.

Asimismo desea que las jóvenes vocaciones sean muy bien formadas, para ello crea el seminario menor o seraficado, y da la razón para ello: “Comprendiendo la necesidad de la escuela seráfica en esta época en que tanto escasean las vocaciones religiosas, se ha determinado establecer lo antes posible la dicha escuela seráfica en Monforte”. Es decir en el convento alcantariño de Orito.

Igualmente el Venerable Padre Luis Amigó reconoce las muchas dificultades que presenta el problema vocacional, y que no resultan muy diferentes de las actuales. En 1919 escribe: “La causa última y verdadera, en la disminución de vocaciones eclesiásticas, es la hostilidad de tanta parte y de tantos modos contra el clero, el poco atractivo humano del estado eclesiástico en nuestros días y las mayores ventajas terrenas que ofrecen otros estados y oficios con menos años de estudios”.

A pesar de las dificultades, ¿qué piensa Luis Amigó sobre la selección de las vocaciones? Claramente lo dejó plasmado en las Constituciones de sus religiosos: “Más vale pocos y buenos que no muchos e insuficientes”. *Insuficientes*, sin duda se refiere a épocas pasadas en que la provincia contaba con muchos religiosos, a la hora del refectorio, pero pocos e

insuficientes para cantar en el coro las alabanzas al Señor.

De todos modos es un hecho saber que Luis Amigó agradece a los capuchinos y a los sacerdotes seculares las numerosas vocaciones que han aportado a sus hijos. En 1932, ya muy anciano, se traslada al pueblecillo navarro de Arizala para agradecer a D. Anacleto Osés, su párroco, la fecunda promoción vocacional que ha realizado.

En 1923 exhorta a sus religiosas a la fidelidad. “A unas y a otras os exhorto —dice— a que seáis fieles a vuestra vocación y a que con buenas obras, como dice el apóstol San Pedro, hagáis cierta vuestra vocación y elección”.

Pero, sobre todo como padre, clama por la fidelidad de sus hijos a la vocación religiosa. Y clama con el valor que siempre tiene todo testamento o última voluntad. Escribe: “Permaneced firmes en vuestra vocación, teniendo en mucho el haber sido llamados a la escuela de aquél que, como dijo el Divino Redentor a la venerable Margarita de Alacoque, fue el santo más parecido a su Divino Corazón”.

41. ESTIMA Y AMOR A LA CONGREGACIÓN

Pedía Francisco de Asís a sus hermanos, luego del capítulo de Las Esteras de 1217: “Id y rogad al Señor para que me de a conocer la provincia donde yo pueda trabajar para mayor gloria suya, provecho y salvación de las almas, y honor de nuestra Religión”. Y elige para campo de su ministerio la católica provincia de Francia.

Parece ser que al Venerable Luis Amigó se le queda esta petición como una muletilla que repite con suma frecuencia, tanto cuando se dirige a la religión capuchina como cuando aconseja a los hijos espirituales de sus dos congregaciones.

A sus religiosas les escribe con el mismo tono de última voluntad: “Como recuerdo de este vuestro padre que os ama en Cristo Jesús, deseo que seáis muy santas para la gloria de Dios, honor de nuestra Congregación y salva-

ción de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia”.

En idénticos o parecidos términos escribe asimismo a sus hijos: “Que nuestra Santísima Madre les guíe y conduzca por el camino de la perfección de sus almas, para que luego puedan esparcir el olor de las virtudes y atraer muchas almas al servicio del Señor, dándole con ello mucha gloria y honra a nuestra madre la Religión en esa amada nación de Italia”.

Y a ambos les deja consignado en su carta testamento su último deseo de padre: “Tened grande estima, queridos hijos e hijas, de vuestra Madre la Congregación, en la que tan vasto campo os presenta el Señor para trabajar por su gloria en la educación de la juventud”.

Y prosigue: “El Señor, amados hijos e hijas os tiene ya trazado, en la Regla y Constituciones de vuestra Congregación, el camino que debéis seguir para su glorificación, salvación de muchas almas y santificación de la vuestra”.

Y concluye a sus hijas: “Tened entendido que a este amor y fidelidad a la Congregación vincula el Señor las gracias que os han de hacer gratas a sus divinos ojos y aún elevaros a la mayor perfección y a la más alta santidad”.

Por lo demás, y como es tan repetitivo en ese su deseo de que sus hijos estimen, amen y sean fieles a la Congregación, distribuye su pensamiento asimismo como honor y honra, interés y solicitud, realce y veneración hacia la misma. Sin embargo, como digo, su pensamiento es siempre muy parecido: su deseo de inculcar estima y amor por la Congregación.

Juan Pablo I en cierta ocasión dijo: *Dios es Padre pero, sobre todo, es Madre* para indicar el gran amor que el Señor profesa a toda la obra de la creación, es decir, a todas las criaturas y de un modo especial al hombre, hecho a su imagen y semejanza.

Igualmente los fundadores, y de modo especial el Venerable Padre Luis ha querido dejar siempre muy claro su amor a la obra, como fundador y como padre, que el Señor ha querido realizar por su medio. A sus hijos de Italia escribe al respecto:

“Me alegro sobre manera del creciente progreso de esa familia seráfica, plantel hermoso que dará, sin duda, mucha gloria a Dios en Italia y honra a nuestra Madre Congregación”.

Al P. Bienvenido de Chilches, Vicario Apostólico de la Guajira, le recomienda: “Procure V.R., padre Bienvenido, mantener a las

hermanas bien unidas y adheridas al principio de autoridad, e inculcarles más y más el afecto a su madre, la Religión”.

Y a sus hijos aconseja: “A la Congregación, vuestra madre, mostraos agradecidos, trabajando sin descanso por su engrandecimiento y honor”.

Todo lo dicho, manifestación del amor paterno del Venerable Luis Amigó a sus hijos e hijas espirituales, queda recogido en el que podemos decir que es su último pensamiento, como dije anteriormente: “Tened gran estima, queridos hijos e hijas de vuestra Madre la Congregación”. Y que recoge aquel consejo tan suyo de reclamar de sus religiosos y religiosas estima, amor y fidelidad a la Congregación.

42. LA FORMACIÓN DE SUS RELIGIOSOS

El Venerable Padre Luis Amigó siempre tuvo muy claro que su principal deber era la formación de los jóvenes. Así lo afirma en una circular apenas elevado a la cumbre del sacerdocio ministerial. “Entre los principales deberes de nuestro apostólico ministerio —dice— tiene ciertamente el primer lugar la formación de los jóvenes llamados por Dios al sacerdocio, como que ellos han de ser los caudillos que conduzcan a los pueblos por los caminos de la salvación”.

Él mismo asegura en su *Autobiografía* que “de tan buenos padres recibí desde los primeros años esmerada educación religiosa y literaria en Valencia”. Y así fue, pues, siendo de familia bienestante, enseguida lo llevan al primer kínder, de carácter católico, abierto en la ciudad de Valencia. Luego, a los Padres Escolapios. Y los últimos años de latín y humanidades, filosofía y teología los realiza en el Seminario Conciliar.

Seguramente que por esto el Venerable Luis Amigó siempre se decanta por una buena formación. Apenas elegido consejero provincial, trabaja para llevar la escuela apostólica al pueblo de la Ollería, Valencia, donde él es el guardián del convento y formador de los jóvenes seráficos durante seis años.

Para la formación de sus religiosos, en las primeras Constituciones, establece tres clases de seminarios: “Se designarán tres casas con el nombre de seminarios, donde los religiosos se instruyan en las artes u oficios, a que después se han de dedicar, o en las ciencias propias del estado o profesión en que los coloque la santa obediencia”.

Y, descendiendo más a la práctica, determina: “En uno de estos seminarios se instruirán en las ciencias filosóficas y teológicas los religiosos destinados al sacerdocio. En otro se enseñarán las asignaturas de la carrera de magisterio a aquellos que hubieren sido designados para la instrucción elemental. Finalmente, en otro se instruirán teórica y prácticamente en las artes y oficios los que se hayan de poner al frente de los talleres”.

Por otra parte, cuidadoso de la formación, le interesa más una buena formación que

el número de alumnos. Refiriéndose al Seminario Diocesano de Segorbe al que, en 1919, da unas nuevas Constituciones, dice: “Más aún que el número interesa la santa y perfecta formación de los futuros ministros de Dios. Y ésta es la que conviene mirar sobre todo y con toda atención”.

Asimismo, cuando se dirige a la formación que deberán recibir sus religiosos les dice “que trabajarán con toda solicitud en formar su espíritu e inflamar su voluntad” o que “para hacerlos dignos de tan alta misión habéis de procurar, amados hijos e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco”.

¡Ah!, naturalmente, no olvida —cuando se refiere a sus hijos e hijas— de inculcar la formación en el espíritu propio, es decir, una formación en franciscanismo. “El espíritu del Seráfico Padre es el único que puede restaurar nuestra sociedad, como lo hizo en el siglo XIII. Y por ello debemos estudiar a fondo y penetrarnos bien de él para imitarle”.

Y a este efecto procuren que sus lecturas sean seráficas, seráficas sus devociones, seráficos los Santos de su devoción a quienes se pro-

ponga imitar, y seráfico también el amor a María Inmaculada nuestra Madre, Rosa fragantísima del Jardín Seráfico.

De todas las maneras la formación franciscana es una formación empírica y por ósmosis, es decir, por convivencia, y, al efecto, el principal lugar de formación era la Casa Madre, para que el religioso se formase de modo completo.

En este sentido adquiere un relieve especial la figura del formador, con especial referencia al Maestro de Novicios. “Depende en gran parte, dice Luis Amigó, el bien espiritual y temporal de la Congregación de los Maestros de Novicios, encargados de formar el corazón y el espíritu de los jóvenes según el espíritu propio de la misma”... “Al Maestro de Novicios y a su Socio encomiendo un solícito cuidado en formar a los Novicios según el espíritu propio del Instituto”.

Es decir, que el Venerable Luis Amigó, que recibió una esmerada formación religiosa y literaria, considera un deber suyo dar a sus seráficos, a sus hijos y a sus seminaristas diocesanos una buena formación, en el espíritu propio franciscano, que recibirán principalmente a través del Maestro de Novicios, y en la casa Madre de la Congregación.

43. CELO APOSTÓLICO

La palabra *celo* deriva de vocablo griego *selos*, según precisan los diccionarios, y significa amor extremado y eficaz por la gloria de Dios y bien de las almas.

Este celo apostólico por la salvación de las almas, como su deseo de ingresar en Religión y llegar al sacerdocio, al P. Luis Amigó le viene desde muy pequeño. Todavía seminarista, y como integrante de la Escuela de Cristo, iba por barracas y alquerías de la Huerta Valenciana enseñando el catecismo y los domingos, con don Gregorio Gea, preparaba e impartía la catequesis dominial.

El capuchino P. Melchor de Benisa, afirma al respecto de Luis Amigó “que fue una persona prudente, caritativa, humilde, tuvo empeño y celo por restaurar la nueva provincia capuchina de Valencia para devolverle el esplendor que había tenido”. Y concluye: “El P. Luis fue lo que ya tengo dicho anteriormente, muy ecuánime,

espíritu muy franciscano, desplegó gran celo por el bien de las almas”.

Al Venerable P. Luis Amigó el celo apostólico le viene como heredado del Seráfico Padre San Francisco, le viene con tintes franciscanos, y, a la vez, con la misma característica franciscana desea trasmitirlo a sus hijos espirituales. ¡Tantas son las veces que se lo repite!

En este sentido lo recoge el Venerable P. Luis Amigó en los consejos a sus hijos: “He podido apreciar y admirar una vez más, venerables Padres y Hermanos, vuestro celo en procurar la gloria de Dios, trabajando con sumo interés en vuestra santificación y en el engrandecimiento y prosperidad del Instituto”.

El mismo pensamiento lo vuelve a recoger en la carta testamento para sus hijos: “Imitad al Seráfico Padre San Francisco “en su celo por la salvación de las almas, por el que le concedió el Señor, intercediendo la Santísima Virgen, el famoso Jubileo llamado de la Porciúncula”.

Tampoco se olvida del celo franciscano en su carta a sus jóvenes hijos de Italia: “¡Quiera Dios imiten en el celo, fervor y actividad a los primeros discípulos del Seráfico Padre, que también fueron doce, para que propaguen los frutos de

nuestra Congregación por toda esa querida nación”.

Y una vez más: “Recomendamos a nuestros hijos que, imitando el celo del Seráfico Patriarca por la conversión de los pecadores, rueguen con insistencia al Señor les conceda en el presente año gracias más abundantes con que, reconociendo su miserable estado, se conviertan a Dios”.

Y, cuando en sus congregaciones percibe dificultades, bien en el desempeño de su ministerio propio, bien en la vida fraterna, no tiene inconveniente en clamar en este mismo sentido, y hacer hincapié en la necesidad del celo apostólico que debe caracterizar sus fundaciones por franciscanas.

¡Por Dios, Padres y Hermanos!..., —les escribe— procuren emplear bien el tiempo; tengan espíritu de oración y celo por la salvación de los jóvenes que el Señor pone bajo su custodia, y con ello verán cómo su trabajo se hace llevadero”.

Y este mismo consejo, y asimismo con tintes evidentemente franciscanos, escribe a sus sacerdotes diocesanos: “Avivad vuestro celo en la predicación, venerables sacerdotes, y a fin de que ella sea fructuosa, anunciad la palabra divi-

na con unción y fervor con sencillez y sin figuras retóricas, pues, de lo contrario, será vano e inútil todo vuestro esfuerzo y trabajo”.

El pensamiento del celo apostólico, con tintes franciscanos, lo recoge en carta a sus hijas de América: “La Congregación es vuestra Madre que, con la vida religiosa, os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracterizan a nuestra Orden Seráfica”.

44. CONCORDIA DE PARECERES

La palabra *concordia* es seguramente una de las palabras más amables de nuestro diccionario español. La concordia, por su raíz etimológica, indica unión de corazones, unanimidad de pareceres, acordar con otros, de común acuerdo, de un solo y mismo espíritu, convenir en...

Seguramente que quienes mejor tradujeron la palabra en obras, e interpretaron su sentido estricto y literal, fueron los primeros cristianos quienes —se dice— tenían un solo corazón y una sola alma, vivían fraternalmente y asiduamente eran concordes en la escucha de la Palabra, en la fracción del pan y en las oraciones. Hech. 4,32.

Y quien, asimismo, interpreta en su sentido más literal el vocablo es, sin duda alguna, el Seráfico Padre San Francisco. Pues, en su segunda Regla, también llamada la Regla

Bulada, recomienda el talante que deberán mostrar sus compañeros:

“Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando vayan por el mundo, no litiguen, ni contiendan de palabra, ni juzguen a otros; sino que sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene” (2R. 3,11).

Del testo se han apropiado asimismo los Terciarios quienes, en la última revisión de su *Regla y Vida*, insertan el párrafo en cuestión de esta guisa: “Los hermanos y hermanas sean mansos, pacíficos y modestos, apacibles y humildes, hablando con todos dignamente, como conviene. Y no litiguen ni se traben en discusiones” (R. 20), es decir, sean afables y cordiales.

A lo largo de estas *Divagaciones Espirituales* alguna vez he manifestado que la gloria del Venerable Padre Luis Amigó lo constituyen las Órdenes Terceras. Y es así. La esencia del vivir del terciario es la sencillez, la humildad, la afabilidad, la mansedumbre, es decir, la vida en concordia o en paz con Dios, con uno mismo y con los demás, según el decir de nuestro buen Padre Luis Amigó.

Tanto es así que la Regla de la Orden Tercera empieza por llamar hermanos a los que la profesan, a fin de que no olviden la unión que entre sí deben tener, y prohíbe se admita a los que no sean amantes de la concordia.

Él mismo, en momentos de borrasca entre sus parroquianos les escribe: “Lejos de vosotros, amados hijos, las diferencias que distancian y separan. Fusionaos o fundíos, por decirlo así, unos con otros. Que no haya personalismos ni opiniones que puedan entibiar el afecto que debéis profesaros como hijos del mismo Padre que está en los cielos”.

Y, cuando se acerca la elección de capitulares al Capítulo Provincial les recuerda amablemente: “La Divina Bondad ilumine a los Reverendos Padres Capitulares para que, en unión de miras y concordia de pareceres, acierten a elegir para el gobierno Provincial a los más aptos para promover la gloria de Dios y el honor de nuestra Orden”.

Por su parte, y en respuesta a la carta de su buen amigo el terciario franciscano D. José Miñana, “la agradece sus oraciones y muestras de afecto, al que corresponde; y con él lamenta la desunión del pueblo de Ador, al que mucho ama y por el que ruega al Señor para que ven-

gan todos a sentimientos de paz y concordia, labrando así su felicidad”.

Y cuando se levanta tormenta entre sus hijos les escribe paternalmente: “Debemos orar sin cesar a nuestra tiernísima Madre... para que nos inspire a todos y verdadero celo por la gloria que está llamado a dar a Dios Nuestro Señor este nuestro Instituto y consolide la paz y unión fraterna, tan necesaria para el progreso de esta obra”.

Bien conocía el Padre Luis que el enemigo común se esfuerza cuanto puede para introducir la desunión y las rencillas y las discordias en las comunidades religiosas.

45. LA PROPIA SANTIFICACIÓN

“**S**ed santos como yo soy santo”, aconsejaba Yahvé a los israelitas. Y, dentro ya de una teología fundamentalmente personalista y voluntarista, el fin del hombre en esta vida es amar a Dios sobre todas las cosas y después gozarle en la eterna. Es decir, la propia santificación.

En el Venerable Luis Amigó salvación, salvar el alma, santidad, santificación, perfección... como fin último de todas sus acciones son expresiones que se repiten con inusitada frecuencia y de las que están cuajados todos sus escritos. Es su *leitmotiv*.

El gran acierto de los santos ha sido precisamente el haber hallado pronto la finalidad de su propia vida. Luis Amigó —lo dije ya alguna vez, y ahora lo repito con mayor razón de causa— tenía en su vida como muletilla, de la que nunca se pudo librar, la propia salvación o santifica-

ción del alma. “La voluntad de Dios es vuestra Santificación”, dice frecuentemente.

En diciembre de 1923 escribe a sus hijas de Colombia: “Deseo que seáis muy santas para Gloria de Dios, honor de nuestra Congregación y salvación de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia”.

Y en 1933, asimismo a sus hijas de América: “Tened siempre muy presente el designio de Dios al traeros a la Religión, que fue el que die-seis mucha gloria a Dios santificando vuestra alma”.

La finalidad de Luis Amigó en su ingreso en religión, como también el de sus hijas e hijos espirituales, es la propia santificación, con tres direcciones, mediante la gloria de Dios, honor de la Congregación y salvación o santificación de la propia alma.

“El Señor nos envió su divino Espíritu, y en Él y por Él nos comunicó todos los auxilios y gracias que necesitábamos para que pudiésemos llegar a salvarnos como santos, que es su voluntad santísima sobre nosotros”.

Consideraba que la base de la santificación, como de la salvación, era el cumplimiento de la voluntad de Dios. Por lo que lógicamente concluye: “En verdad que nada más perfecto, ni

más santo, ni más grato a los divinos ojos podemos hacer en este mundo, amados hijos, que la omnímoda conformidad de nuestra voluntad con la divina”.

En 1913 escribía a sus diocesanos de Segorbe: “Con razón los santos han demostrado siempre tan ardiente celo por la salvación de sus prójimos, por quienes no dudaron en sacrificar gustosos sus bienes, su reposo, su salud y hasta su vida, con la seguridad de que al salvar un alma predestinaban la suya”.

Y en diez años más tarde, el día de San Andrés de 1923, volvía a retomar el mismo pensamiento con similares o parecidas palabras: “Con razón los santos, inflamados en el celo del amor divino —dice—, no perdonaron sacrificio alguno, hasta el de su propia vida, para conseguir la salvación de las almas”.

Hasta el sacrificio de la propia vida, hasta el martirio, si necesario fuere. Seguramente que se refería al martirio cuando, bastante antes ya de iniciarse la contienda civil de 1936 en España, no dudando de la fidelidad a sus hijos, aventura que parece que el infierno ha puesto todo su empeño en descatolizar a la fiel España. Pero “ciertamente que no lo ha de conseguir, pues cuanto más perseguidos —dice—, más se

enfervorizan los católicos, y no dudo que hay pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución”.

Y, así fue. Por lo demás, y como es natural en los santos, en el último recodo del camino de la vida, casi a vista ya de la eternidad, se acen-túa todavía más su deseo de trabajar por la gloria de Dios en su propia santificación. Luis Amigó escribe a sus hijas de San Andrés de Rábago, en la Goajira colombiana: “Pidan al Señor VV. CC. que el poco tiempo que me queda de vida lo emplee según la voluntad de Dios y en trabajar por la santificación de mi alma”.

46. A MODO DE EPÍLOGO

Espiritualidad

Para conocer la espiritualidad, crisma y misión de cualquiera de los fundadores es imprescindible colocarlo en su propio marco histórico. A Luis Amigó le cupo en suerte vivir en una época en que privaba una religiosidad personalista y voluntarista, cuyo fin del hombre se cifraba en “amar a Dios en esta vida, sobre todas las cosas, y después gozarle en la eterna”. Es decir, en la propia santificación y salvación.

De ahí que la *salvación de la propia alma* constituía posiblemente uno de los pensamientos más comunes en las kalendas en que al Venerable P. Luis Amigó le cupo en suerte vivir.

Por otra parte de niño recibe una esmerada educación religiosa y literaria en Valencia. Lo que le hace creer que la salvación se consigue más fácilmente con el ingreso en Religión y con

Obras de Misericordia. El mismo ambiente de miseria e inseguridad ciudadana contribuía también a ello.

Por esto repite insistentemente en su Autobiografía: “Con el pensamiento puesto en el claustro”. “Todos aspirábamos a entrar en Religión”. “Con el intento de entrar religioso”. “Me autorizaron para que gestionase mi ingreso en Religión”. “Solicitamos nuestro ingreso en la Orden”.

Y ya en plena juventud “el mayor progreso, siempre creciente, de la Tercera Orden y el deseo de mayor perfección de algunas almas” le llevan a la fundación de dos congregaciones religiosas con una finalidad netamente misericordiosa y corredentora.

Por lo demás su espiritualidad, por las fuentes en que la bebió, le llevan a una espiritualidad misericordiosa y redentora. De Pablo de Tarso, sin duda, aprende su amor al Cristo, y Cristo crucificado, su amor y su gloria. De Francisco de Asís, ese su profundo sentido de la minoridad y de la fraternidad. De los Padre Capuchinos, el sentido del desapropio, de la oración y del silencio monástico. Y de las Órdenes Terceras, el sentido penitencial y hospitalario.

Esta espiritualidad en Luis Amigó se orienta en tres direcciones fundamentales: Cristo como centro y amor de toda su vida, Francisco como modelo de identidad, y Mariología Dolorosa, como madre amorosa suya y de sus hijos. Sin olvidar tampoco la amable figura del Buen Pastor, especialmente en los días de su ministerio apostólico.

Por otra parte esta su espiritualidad la recoge en tres direcciones y que recuerda sin cesar: Es la gloria de Dios, el honor de la Orden y la salvación de las almas. A su religiosas de Colombia les escribe en 1923: “Deseo que seáis muy santas para gloria de dios, honor de nuestra Congregación y salvación de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia”.

Carisma

Es verdad que en los escritos Luis Amigó no encontramos la palabra carisma, si bien el concepto se halla diseminado en muchas de sus obras. Como última voluntad a sus hijos, les escribe: “La Congregación es vuestra Madre que, con la vida religiosa , os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez,

caridad y celo apostólico, que caracterizan nuestra orden seráfica”.

El espíritu, el carácter, el modo de ser y comportarse constituyen la esencia del carisma. De hecho los carismas son gracias que el Señor concede a determinadas personas para utilidad y edificación de la fraternidad. Para el religioso o religiosa el propio carisma será una forma peculiar de ser y una manera especial de vivir los consejos evangélicos, la espiritualidad y la propia misión o apostolado específico en el seguimiento e imitación de Cristo.

El Venerable P. Luis Amigó tiene interés sumo en que sus hijos conserven la propia espiritualidad y carisma. Y así, a sus religiosas de Colombia les escribe: “Cada Orden y cada Congregación tiene su espíritu propio conforme a la misión altísima que el Señor le confía; y el de nuestro instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza”.

El carisma es una forma especial de encarnar el evangelio, de seguir a Cristo y, en definitiva, de desarrollar el ministerio específico recibido o encomendado. El carisma imprime ese aire de familia propio e intransferible, la índole que dis-

tingue a unas familias religiosas de otras, a unas congregaciones de otras, a unos religiosos de otros, y que es propio y característico de cada cual. En cierta manera el carisma recoge en sí mismo el fondo patrimonial.

El Venerable Padre Luis Amigó, como he dicho antes, tuvo sumo interés en su sus hijos conservasen la espiritualidad y carisma propios. De todos modos mantener y vivificar el propio carisma es cargo y obligación de todos y de cada uno de los religiosos de cualquier Instituto. Pues el carisma constituye el código genético de la Congregación. En él está inscrita la propia identidad del Instituto, es el patrimonio espiritual del pasado y del presente que se proyecta en el futuro. El carisma no es algo estático, sino dinámico, en constante y creciente desarrollo.

Misión

No cabe duda de que la espiritualidad y el carisma propio donde mayormente se evidencian es en la vivencia de la misión o misterio específico.

En el Venerable Luis Amigó el ministerio específico le nace, sin duda, de su atención en hospitales, especialmente a las horas de servir la comida, la limpieza de los enfermos, las visi-

tas juveniles a las cárceles, que realiza con Don Gregorio Gea en la Congregación de San Felipe Neri, primero, y en la Escuela de Cristo, después, y, finalmente en las Órdenes Terceras franciscanas. Y que determinan su ministerio específico tanto el suyo propio como, luego, también el de sus hijos.

Este ministerio que personalmente ejerció lo concreta en sus religiosos en “la instrucción de adultos y párvulos en las Ciencias y Artes, el servicio a los enfermos, en especial a domicilio, y el régimen y dirección de las Cárceles y Presidios”. El propio ministerio evidentemente puede cambiar, y de hecho cambia. Unas veces fruto de los tiempos siempre cambiantes, otras, por imposiciones de la Santa Sede. De hecho, pues, el ministerio propio de sus hijos pronto quedó reducido a “la enseñanza y moralización a los acogidos en las Escuelas de Reforma y Correccionales”.

De todas las maneras es la espiritualidad y el carisma quienes mantienen la identidad estable la identidad de la Congregación y facilitan el cambio del ministerio específico, referido no tanto al ser, cuanto al quehacer del Instituto. Pues el ministerio resulta una realidad mucho más dinámica, móvil y cambiante.

La espiritualidad, el carisma y la misión, pues, constituyen la esencia e identidad, tanto de Luis Amigó como, luego, de sus hijos espirituales los religiosos amigonianos.

